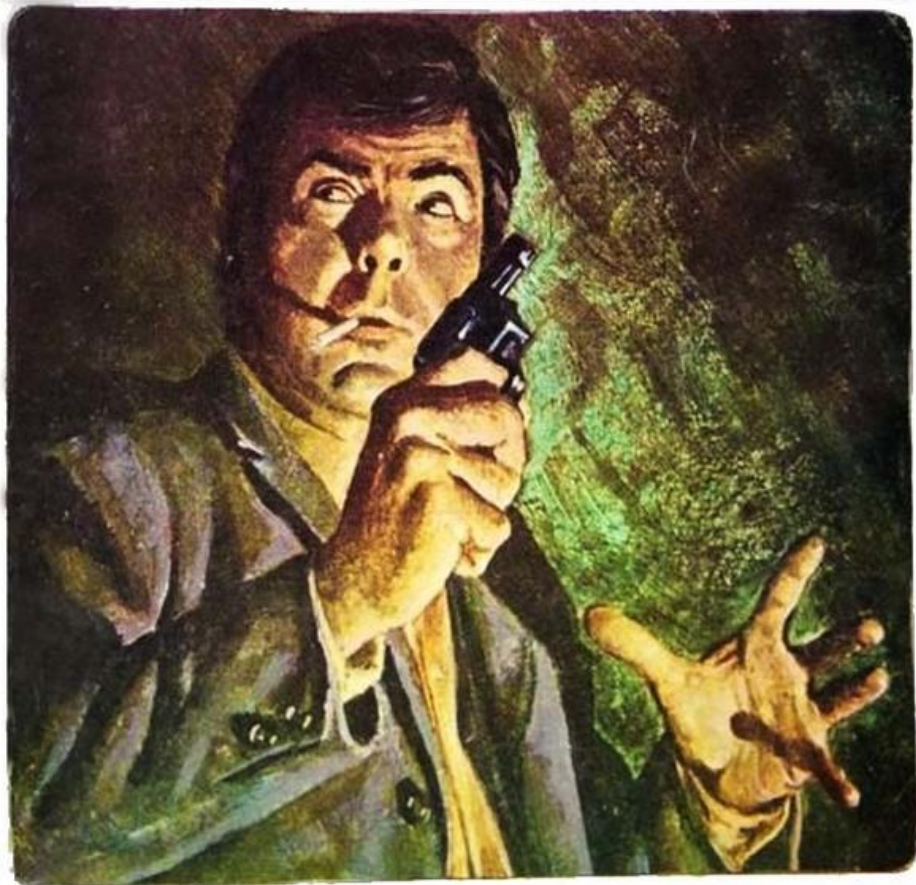




Lou CARRIGAN

AGUA DE FUEGO





eb

LOU CARRIGAN

**AGUA
DE FUEGO**

Colección LA HUELLA n.º 83
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 16.578 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: junio, 1976

© Lou Carrigan - 1967

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El piloto particular de Roscoe Fallon dijo:

—Estamos ya sobre la península de la Florida, señor Fallon. No tardaremos ni siquiera una hora en llegar a uno de los aeropuertos de Miami.

—Okay, Johnny. Pero tómate las cosas con calma. No hay ninguna prisa especial... ¿Tampa?

Señalaba hacia abajo. El piloto asintió con la cabeza. Bajo el avión, pequeña, como un dibujo amable, se veía la blancura de la ciudad de Tampa. Luego, siguiendo la ruta aérea sobre Los Everglades, se vería muy pronto la mancha mayor, que era la ciudad de Miami. Y si el día continuaba despejado, se vería la luminosidad de los edificios de Miami Beach, tocando el Atlántico, como rodeados de crestas de espuma siempre móvil.

—¿Tengo que abrocharme el cinturón y dejar de fumar? —sonrió Roscoe Fallon.

—No, señor —sonrió también su piloto particular—. Espero que no surjan contratiempos por cigarrillo más o cigarrillo menos.

Roscoe Fallon encendió un cigarrillo, siempre sonriente. Estaba muy contento, muy satisfecho de todo... Y no sabía por qué. La verdad era que no sabía exactamente por qué. Pero, a menos que su gran olfato fallase, tenía ante él una perspectiva de gran negocio, de una nueva fortuna. Había recibido una enigmática propuesta de un tal Edmund Parker, residente en Miami. Al principio, no había hecho gran caso de tal propuesta. Pero, dos días más tarde, quizá por instinto comercial, se había interesado respecto a la personalidad de Edmund Parker. La respuesta que le había proporcionado sus investigadores particulares le había intrigado, interesado, casi excitado: Edmund Parker era un investigador

científico de altos vuelos; un hombre de ciencia de los pies a la cabeza, un fuera de serie... Un hombre, en suma, del cual se podía esperar algo genial en cualquier momento.

Y como propietario, gerente, director... y «mandamás» absoluto de la Fallon Petroleum, Ltd., Roscoe Fallon había decidido aceptar la extraña proposición del científico Edmund Parker.

Y allá estaba, en su avioneta particular, volando hacia Miami, convencido de que, quizá, podría hacer el gran negocio de su vida...

Los pensamientos placenteros de Roscoe Fallon fueron interrumpidos por el zumbido de llamada en la radio. John Barclay, el piloto, lo miró, sorprendido.

—Quizá es una llamada del aeropuerto de Tampa, para avisarnos de alguna dificultad —opinó Fallon—. A ver qué te dicen.

Barclay abrió la radio y, en el acto, oyeron la voz de un hombre:

—Llamando a Roscoe Fallon en su avioneta particular, en onda privada. Contesten si reciben comunicación. Cambio.

Se miraron los dos otra vez. Lo de la onda privada era, en verdad, una sorpresa, en la que habían tenido que pensar antes. Ciertamente, desde que habían salido de Texas, habían tenido la radio sintonizada en aquella onda, de modo que era poco probable que nadie hubiera podido comunicarse con ellos. Y, sin embargo, allá tenían la llamada.

—¿Qué hago, señor Fallon?

—Contestar, Johnny. ¿Qué otra cosa...?

El piloto contestó a la llamada:

—Avión particular del señor Fallon recibiendo comunicación por onda privada. ¿Qué desea? Cambio.

—Atiendan bien. Están acercándose a Los Everglades en su parte Norte. Dentro de diez minutos verán un claro bajo ustedes, junto al cual hay una laguna en cuyo centro verán un pequeño islote. Dígame si han entendido indicaciones. Cambio.

—Sí... Indicaciones entendidas. ¿Qué más? Cambio.

—Okay. Tomen el norte de ese islote como punto de referencia. Vuelen tres millas más, hacia el Sudeste, siempre atentos a un claro de un cuarto de milla, en el cual podrán aterrizar con toda comodidad. Visto ese pequeño campo de aterrizaje natural, tomen tierra. Eso es todo. Cambio.

Barclay se quedó mirando a Fallon estupefacto.

—Quieren que aterricemos en Los Everglades...

—Ya lo he oído. Pregunta quiénes son y qué quieren. Si el asunto está relacionado con el señor Parker, obedeceremos las indicaciones.

Barclay hizo las preguntas. La respuesta les puso los pelos de punta a los dos.

—No tienen que preguntar nada. Simplemente, obedezcan las órdenes recibidas.

Barclay volvió a mirar a Fallon, el cual tenía el ceño belicosamente fruncido.

Y dijo:

—Diles que se vayan al demonio. Que no tenemos ganas de bromas estúpidas.

Y Barclay informó:

—El señor Fallon les envía al demonio. Cambio.

La respuesta fue:

—Aconséjele al señor Fallon que mire a su izquierda y hacia arriba. Sin duda, verán un pequeño avión velocísimo, de tipo caza... Ese aparato lleva montadas dos ametralladoras en sus alas. Si ustedes no aterrizan en el lugar indicado, serán derribados. Esperamos respuesta antes de diez segundos. Cambio.

Barclay y Fallon ya estaban mirando hacia su izquierda y arriba. En efecto, una pequeña avioneta muy veloz estaba evolucionando por encima de ellos, en hábil acrobacia. La rapidez de su vuelo, evidentemente, superaba la del aparato que pilota John Barclay.

—¿Qué..., qué contesto, señor Fallon? —Casi tartamudeó Barclay.

—Insiste: que se vayan al demonio.

—Que se vayan al demonio —insistió el piloto por la radio—. Eso dice el señor Fallon. Cambio.

—Les vamos a hacer una pequeña demostración —dijo la voz en la radio—. Después de ella, ustedes decidirán si toman tierra por su voluntad o por la nuestra.

Apenas cinco segundos más tarde, el aparato dejó de dedicarse a las acrobacias, para dirigirse directamente hacia ellos, en un velocísimo vuelo picado, agrandándose a sus ojos, como una extraña y terrible mosca pintada de rojo.

Y cuando estuvo a unos ciento cincuenta pies empezaron a

brotar chorros de fuego de la parte delantera de sus dos alas. Barclay lanzó un grito y ladeó el avión hacia la derecha, en una maniobra brusca, que no resultó nada amable para Roscoe Fallon... El aparato rojo pasó por encima de ellos, con seco zumbido, mucho más intenso que el de las balas disparadas...

—Va... va en serio, señor Fallon...

También éste estaba pálido. No tuvo necesidad de contestar, ya que se volvió al oír la voz en la radio:

—Única advertencia, señores... ¿Aterrizan? Cambio ahora.

Barclay se volvió hacia Fallon. Estaba bien claro que el piloto deseaba obedecer las órdenes. En cuanto a Fallon, convencido de que si no aterrizaban por su voluntad, tomarían tierra de modo harto desagradable, asintió con la cabeza.

—Diles que aterrizamos donde nos han indicado.

Barclay suspiró, aliviado. Pasó el mensaje por la radio, y luego buscó el lugar señalado por el desconocido comunicante. Y apenas cinco minutos más tarde, el avión tomaba tierra, no sin dificultades, en el pequeño claro. Por encima de ellos, el aparato rojo evolucionaba en vuelta hacia abajo y atrás, alejándose. En pocos segundos, se perdió de vista.

Para entonces, tres hombres habían aparecido ya en el borde del claro, y se acercaban corriendo hacia el avión de Fallon. Llegaron junto a éste, y uno de ellos, de estatura mediana, cabellos rojos y muy ancho de hombros, les hizo seña de que salieran del aparato.

La cosa seguía sin ser broma, porque aquel hombre y otro llevaban una metralleta en las manos. El tercero llevaba un largo tubo colgado a la espalda, una especie de bazooka de la mitad del tamaño corriente.

Fallon y Barclay saltaron del avión, y el primero, no poco asustado, se apresuró a protestar:

—No tienen derecho a esto... ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren?

El pelirrojo de los anchos hombros se adelantó, sonriendo duramente.

—Yo haré las preguntas, señor Fallon. ¿Cuál es el motivo de su viaje a Miami?

—No es cuenta suya...

—Quizá no me he expresado bien. Le ordeno que responda a

esta pregunta concreta: ¿Por qué se dirige a Miami para entrevistarse con el profesor Edmund Parker? Le aconsejo que conteste.

Roscoe Fallon se pasó la lengua por los labios. Una mirada a aquellos tres hombres tenía que hacerle comprender que aquello no tenía nada de broma, por más que él se esforzase en creerlo así. Tuvo la plena convicción de que iban a dispararle si no contestaba.

De modo que optó por hacerlo:

—No lo sé exactamente... Edmund Parker me escribió a Texas, pidiéndome una entrevista, y que... enviase uno de mis petroleros, por el golfo, hacia..., hacia Kay West.

—¿Tiene que recoger algo allí?

—No... No, no... El petrolero, precisamente, va lleno, según me pidió el señor Parker.

—¿Lleno de petróleo?

Fallon parpadeó, sorprendido.

—Claro...

—¿Cuánto petróleo?

—Unas..., unas cien mil toneladas.

—No es mucho... ¿Para qué quiere el petróleo el profesor Parker?

—No lo sé.

—¿Él no le ha enviado a usted nada por correo?

—No comprendo...

—¿No le ha enviado ninguna clase de planos?

—Pues no... ¿Planos?

—Digamos... una fórmula.

—Yo no he recibido nada de eso. Edmund Parker me pidió que enviase el petrolero cargado con cien mil toneladas, y que mientras hacía el viaje hacia Kay West, yo fuese a Miami a verlo a él.

—Muy bien... ¿Le conoce a usted el señor Parker?

—Lo ignoro. Pero supongo que no.

—Ha sido muy amable, señor Fallon. Y observe cómo eso nos evita molestias y disgustos a todos. Pueden seguir su viaje.

—¿Podemos... seguir?

—Por supuesto —sonrió el pelirrojo—. Y que acaben felizmente el vuelo. Adiós.

No poco sorprendidos, Fallon y Barclay volvieron al avión. El

piloto lo puso en marcha, lo hizo rodar dando la vuelta hacia el extremo de la pista, volvió a darle la vuelta y enfiló el pequeño claro, no muy satisfecho de la distancia tan breve de que disponía para despegar. Si algo fallaba, capotarían hacia el pantano que ponía fin a la pista.

Mientras daba más fuerza a los motores, los tres hombres se habían alejado, precisamente hacia el extremo de la pista, hacia el borde del lago. Se detuvieron allí. Vieron el aparato salir lanzado, dejar de tocar tierra en menos de cinco segundos...

En un instante, el aparato estuvo sobre ellos, ya casi en el borde del lago.

Entonces, el pelirrojo se volvió hacia el hombre que llevaba el pequeño bazooka.

—Ahora, Slim.

Slim se quitó rápidamente el tubo de la espalda, se lo colocó sobre el hombro derecho, asió fuertemente el culatín y el soporte delantero, apuntó brevemente... y disparó cuando el avión de Roscoe Fallon se hallaba a menos de cincuenta yardas, en claro ascenso por encima del pantano.

Una llamarada roja brotó del extremo anterior del tubo, con sordo zumbido. Al instante, el aparato de Roscoe Fallon vibró, envuelto en una súbita llamarada. Dio una extraña vuelta de cola, brilló al sol unos segundos y se hundió en las marrones aguas del pantano.

CAPÍTULO II

—¿Me ha mandado llamar, señor?

El inspector Gordon, jefe de la Delegación del FBI en la Delegación de Miami, ya estaba señalando un sillón, ante su mesa.

—Hola, Glenn. Siéntate. Y échale un vistazo a esto. Luego, me dices qué opinas. Sin prisas.

Glenn Nash, treinta y dos años, cabellos rubios, ojos grises, flaco y fuerte como un cable, tomó el sobre que le tendía su superior. Lo abrió, sacó un papel doblado y una diminuta tira de microfilme, que casi escapó de su mano. La miró curiosamente, miró luego a Gordon, pareció a punto de decir alto... y, finalmente, optó por dedicar su atención al papel.

Estaba escrito a máquina:

«Al FBI en Miami:

»Les envío un microfilme con unas fórmulas, para que sean descifradas en sus laboratorios. Estoy convencida de que su contenido es muy importante. Si visto el microfilme ustedes quieren tener contacto conmigo, podrán encontrarme en el Atlantis Hotel, Miami Beach, *suite* 201. Pero de todos modos, yo estaré esperando esta noche, en el bar del hotel, a las diez, al enviado que ustedes elijan. El agente deberá llevar un clavel rojo en la solapa del *smoking*. Yo llevaré una gardenia blanca. Iría a visitarlos a ustedes, pero no puedo perder de vista a los sospechosos.

»Amanda«.

Glenn Nash alzó la cabeza. Había en sus ojos una tenue sonrisa de buen humor.

—¿Una broma, señor?

—No lo sé. Pero lo sabremos pronto. Mmmm... ¿Tú qué crees?

—Bueno... No sé... A mí me parece que es una broma enviar un microfilme que no contiene nada, que está velado —lo volvió a mirar, ahora al trasluz—. Al menos yo no veo nada...

—Naturalmente que no podrás ver nada. Ya ha pasado por Fotografía y, en efecto está velado.

—Entonces, dudo mucho de que podamos considerar su «contenido» como muy importante. ¿Quién es esa Amanda?

—Ni idea. Martin salió hace un par de horas, a ver qué averiguaba... De todos modos, quizá sería conveniente que esta noche, a las diez, cepillaras tu *smoking*.

—¿Tengo que ir a ver a esa Amanda?

—No lo considero mala idea.

—Sin duda, será una chiflada. Eso, suponiendo que exista...

Glenn dejó de hablar, mientras Gordon atendía la llamada por el intercom.

—Dime, Larry.

—Martin ha regresado, señor.

—Que pase ahora mismo.

Los dos miraron hacia la puerta, que se abrió, empujada por un hombre cuya expresión era irónica en aquel momento. Llevaba una tarjeta postal en una mano y un sobre en la otra. Lo primero que hizo fue entregar la postal a Gordon.

—De Tony Leopard, el genio sensacional. Dice que posiblemente se quede a vivir en Palma de Mallorca... para siempre.

Gordon echó una mirada a la postal y soltó un gruñido.

—Detesto a los tipos que dicen una cosa y sienten otra. Tony jamás dejaría el FBI, así que...

—En España tenemos *post-liaison*. Quizá pida el traslado allí.

—Al demonio Tony Leopard... ¿Qué hay de eso, Martin?

—La chica existe y está viva. Alojada en el Atlantis Hotel, *suite* 201, efectivamente. Su nombre es Amanda Taylor. Le tomé unas fotos... Parece simpática.

—Pues yo insisto en que será una vieja chiflada jugando a los espías que manejan microfilmes —dijo Glenn Nash.

Gordon estaba mirando las fotografías que había sacado del sobre entregado por el agente especial Martin. Cuando terminó, las tendió a Nash mientras cambiaba una maliciosa mirada con Martin.

Glenn tomó las fotos, miró la primera y se enderezó bruscamente en el sillón.

—¡Sopla! ¡Resopla!

Martin se echó a reír.

—Lo de chiflada, no sé. Pero de vieja, como podrás observar, no tiene nada.

—¡Caaaaray...! —exclamó todavía Glenn Nash.

De vieja, nada, desde luego. Debía tener unos veinticuatro o veinticinco años, era rubia y tenía una figura auténticamente sensacional; llevaba un bikini de lo más estupendo para los mirones. Había tres fotografías. En una de ellas, Amanda Taylor estaba sentada a una mesita, en una terraza continua a una piscina. En la otra, se había puesto en pie y se estaba colocando un gorrito de goma, graciosamente arqueada la delgadísima cintura, alzados los bracitos... En la tercera, salía de la piscina, sonriendo, mirando de reojo hacia un lado.

—¿No es un encanto de criatura? —opinó Martin.

—¿De qué color tiene los ojos? —musitó Glenn.

—Mmmm... De un color... verde y azul. Está muy bronceada, camina maravillosamente y... Bueno, sólo te diré que estas microfotos ampliadas no la han favorecido en absoluto.

—Caaaaray... ¿Todavía le parece que debo cepillar mi *smoking*, señor?

—Y no olvides el clavel rojo —gruñó Gordon.

CAPÍTULO III

A las diez en punto de la noche, con su *smoking* furiosamente cepillado y escrupulosamente planchado, el agente especial del FBI Glenn Nash hacía su aparición en el bar del Atlantis Hotel en el 2659 de Collins Avenue, Miami Beach. Desde luego, un hotel de lujo. Desde televisión en las *suites* hasta playa privada, allá se podía pedir de todo, en la seguridad de encontrarlo.

El bar, abierto a la terraza desde la cual se veía el brillo de la espuma del mar y algunas luces rojas hacia el fondo, estaba muy concurrido, casi tanto como la terraza. Damas elegantes y bellas, caballeros en *smoking*, camareros silenciosos... Un ambiente grato, selecto. Al fondo del bar, una pista de reducidas dimensiones, en la cual estaba actuando un acróbata que a Glenn le pareció formidable. Sí... Había leído su nombre: Luciano Cortez, el acróbata filipino. En verdad que era fantástico el hombre...

Pero si quería algo fantástico, allá tenía a Amanda Taylor, resplandeciente de juventud y hermosura, con un delicioso vestidito de noche que dejaba completamente descubiertos sus hombros y con mucha generosidad en el escote. Tenía los codos sobre la mesa y un cigarrillo en una manita que a Glenn le pareció un dibujo maravilloso, de un delicado tono rosado que... ¿Por qué no? Posiblemente, tendría la ocasión de besar aquella linda manita.

Se dio un toquecito al rojo clavel que llevaba la solapa inmaculadamente blanca, y se dispuso a acercarse, iniciando ya la mejor de sus sonrisas.

Y entonces, sólo entonces, los verdiazules ojos magníficos de Amanda Taylor se desviaron hacia él, y la cabecita se movió de modo apenas perceptible de derecha a izquierda, el
g-man

no se alteró lo más mínimo. Continuó caminando hacia la muchacha, como si tal cosa..., sólo que, en lugar de detenerse ante ella, continuó hacia la barra del bar... Si se había equivocado, ella iniciaría el acercamiento, ya que le había visto. Si no se había equivocado y la seña había sido real, su comportamiento no podía ser otro que el de permanecer alejado.

Pero eso sí: vigilando alrededor, intentando conocer las causas por las que Amanda Taylor le había negado el contacto.

Se sentó en un taburete, encendió un cigarrillo, pidió una tónica y se volvió de nuevo hacia la pista, para no perderse la actuación del fantástico Luciano Cortez, el acróbata filipino. Eso, aparentemente. Pero, en realidad, mirando a los presentes. No tardó mucho en fijar su atención en aquel hombre de negros cabellos lacios, grueso, hasta el punto de que parecía que el *smoking* no era suyo, sino de su hermanito menor. Tenía las manos muy grandes, las cejas espesas, los ojos negros y fríos..., que mantenía con demasiada frecuencia fijos en Amanda Taylor.

Era un hombre desagradable.

Luego, la sorpresa agradable. Casi en la separación del bar cerrado y la terraza, en una mesita, dos bombones de auténtica categoría. Una belleza llevada a tal extremo que, viendo a una, se podía pensar que no podía existir otra mujer igual. Y, sin embargo, existía, ya que la otra era gemela. Absolutamente gemela, idéntica. Dos hermanas gemelas de una belleza capaz de dejar estupefacto incluso a un

g-man

en servicio.

Claro que, bien mirada, Amanda Taylor era más... bonita, más dulce, quizá. Se dispuso a mirarla, y casi respingó cuando Amanda apareció junto a él en la barra, haciendo señas al camarero, que se acercó presurosamente.

—Cigarrillos, por favor —pidió ella.

Tenía una voz dulce, musical, cariñosa. Glenn Nash se atragantó un poco. Decididamente, se quedaba con Amanda. Ya aprovecharían otros a las dos hermanas gemelas.

Amanda Taylor recogió el paquete de cigarrillos y volvió a su mesita..., pero dejando junto a Glenn Nash un trocito de una servilleta de papel. Y en aquel trocito de servilleta, escrito en rojo,

seguramente con el lápiz para labios, estas patéticas palabras:

«Por Dios, ayúdeme».

Glenn se quedó el papelito entre dos dedos, bebió un sorbito de tónica y continuó mirando hacia el acróbata filipino, que en aquel momento finalizaba su actuación y cosechaba nutridos aplausos, bien merecidos.

El escenario giró y una pequeña orquesta apareció ya instalada en el otro lado, y con un bailable en plena marcha. Algunas parejas se dirigieron a la diminuta pista ante el escenario. Las gemelas parecían felices y divertidas. El hombre de las cejas seguía sin quitar ojo a Amanda Taylor. Y Amanda Taylor había encendido otro cigarrillo y parecía un poco envarada.

Glenn Nash apagó su cigarrillo, pagó la consumición y abandonó el bar.

CAPÍTULO IV

Y Amanda Taylor notó como un impacto frío en pleno estómago... ¿Por qué sé iba? ¿Acaso no había leído su angustiada demanda de ayuda? ¿O acaso no era aquel hombre e agente del FBI que estaba esperando y había interpretado su nota de otro modo, un tanto... pecaminoso? ¿Era eso posible?

Durante dos o tres minutos, Amanda estuvo esperando en vano el regreso de aquel hombre. Luego se atrevió a mirar, de reojo, desde luego, al hombre de las cejas espesas..., que desviaba la mirada en aquel momento.

Pero no importaba. Amanda se había dado cuenta de que aquel hombre la estaba vigilando. Seguramente querría matarla... Sí, eso era lo que aquel hombre quería hacer con ella: matarla.

Se estremeció tan fuertemente que estuvo segura de que todos se habían dado cuenta. Pero no fue así...

¿Qué podía hacer? Estuvo pensando durante un par de minutos más y, al fin, comprendió que sólo había una solución lógica y con posibilidades para escapar de aquel hombre: subir a su *suite* y desde allí llamar al FBI, pidiendo ayuda, diciéndoles que estaba encerrada y que había un hombre que quería matarla...

Se puso en pie, apagando nerviosamente el cigarrillo. Salió del bar y cruzó el vestíbulo, tras una última mirada a las dos hermanas gemelas y, finalmente, al hombre de las cejas espesas. Estuvo a punto de echar a correr cuando vio al hombre abandonando el bar tras ella, sin esforzarse demasiado en disimular. ¡Oh, estaba segura de que aquel hombre llevaba una pistola bajo el sobaco izquierdo...!

Se detuvo ante el ascensor. El acróbata filipino estaba allí, esperando también. La miró inexpresivamente, pero de modo

amable. En realidad, casi le pareció que sonreía... El ascensor bajó, se abrieron las puertas y el filipino le cedió el paso. Era atento, amable... y muy esbelto, pero fortísimo. Había demostrado su gran agilidad y la potencia de sus músculos poco antes.

—¿Señorita?

—Se... segundo piso.

El ascensorista miró al filipino, que musitó, en claro inglés:

—Cuarto, por favor.

Las puertas se cerraron. Pero antes, Amanda había atisbado por entre ellas... y no vio al hombre de las cejas espesas. ¡No había tomado el ascensor con ella! Entonces..., ¿se había equivocado? ¿Quizá aquel hombre la había estado mirando en otro sentido, calculando el modo de abordarla... para otras cosas?

Las puertas se abrieron y Amanda salió al pasillo rápidamente, susurrando apenas una despedida. Se cerraron las puertas, el ascensor continuó hacia el cuarto piso y ella se dirigió a la puerta 201, sacando la llave, todavía nerviosa.

La estaba introduciendo en la cerradura cuando oyó las pisadas tras ella. Se volvió..., y una corriente helada recorrió su cuerpo, hasta llegar a la nuca, donde notó el erizamiento del vello. ¡Qué tonta había sido! El hombre había subido a pie, había esperado a que ella fuese hacia la puerta. Y ahora... ahora... ¿Qué podía hacer ahora?

—Abra y entre —dijo el hombre, tras llegar a su lado.

—¿Qué... qué quiere...? Haga el favor de... de no molestar...

—No sea estúpida. Abra y entre.

Pálida, casi temblorosa, Amanda obedeció. Abrió la puerta, entró y cuando quiso cerrar velozmente tras ella, el hombre la empujó y entró también. En seguida dio la luz y cerró la puerta. Se quedó mirándola fijamente, fruncidas las espesas cejas.

—Recoja sus cosas —ordenó—. Pero antes llame por teléfono a conserjería y diga que preparen su cuenta. Se va ahora mismo.

—No, yo no..., no quiero irme de aquí...

—Me importa una colilla lo que usted quiera. Recoja sus cosas y llame que preparen su cuenta. Y será mejor que lo haga de prisa. Ya le enseñaremos a no meter las narices donde no le importa. ¡Vamos!

—Pe... pero ¿adónde... adonde me...?

—¡Camíne!

La empujó hacia el dormitorio. Asustada, Amanda casi echó a correr hacia allí, siempre con el hombre tras sus talones. Encendió la luz, entró y el hombre lo hizo tras ella.

—Llame ahora por...

Seguramente se sorprendió más Amanda que el hombre, al ver, de pronto, ante ellos, al rubio caballero vestido de *smoking* y con un clavel rojo en el ojal. Un caballero de buenos modales, que sonrió cortésmente. Parecía tener muy buen humor, porque preguntó:

—¿La está molestando este tipo, señorita?

El de las cejas espesas lanzó una imprecación, retrocedió un paso y se llevó la mano derecha al sobaco izquierdo, rápidamente. Entonces sucedió algo sorprendente: el caballero del clavel rojo, que era más bajo y delgado que el otro, adelantó unos pasos, sujetó la mano derecha contra el pecho y hundió la izquierda, en un seco golpe, en el voluminoso vientre del de las cejas espesas, que lanzó un gruñido, se dobló hacia adelante... y recibió un tremendo rechazo en plena mandíbula que lo tiró contra el marco de la puerta. Rebotó fuertemente, rugiendo como una fiera, y sus enormes brazos se tendieron hacia el rubio agente del FBI, que se limitó a coger uno de ellos, inclinarse y lanzar al hombre por encima de él, hacia la cama. Fue un espectacular vuelo sin motor ni alas.

El hombre cayó de cabeza en la cama, rebotó, cayó de espaldas al suelo, giró, sacó su pistola con silenciador ya acoplado...

—¡Déjela! —ordenó Glenn Nash—. ¡Deje esa...!

Plop.

Nash se dejó caer de rodillas y la bala disparada se clavó, con seco chasquido, en el marco. Mientras tanto, y como era evidente que el hombre de las cejas espesas estaba dispuesto a llegar al final de la pelea, el

g-man

optó por decidir ésta a su favor.

Justo cuando el otro se disponía a disparar por segunda vez, mejorando su posición en el suelo, el hombre del FBI sacaba de rápido tiró su pistola, más pequeña, de mecanismo silencioso ya acoplado...

Plop...

El otro quiso también esquivar la bala. Con tan mala fortuna que

el plomo que sólo le habría causado una herida en el hombro derecho, se hundió en el centro de su pecho, empujándolo, derribándolo de nuevo de espaldas al techo... Y así quedó, tras un par de segundos de violentos estremecimientos.

Amanda se quedó mirándolo con ojos desorbitados, mientras el agente del FBI, con un muy expresivo gesto de disgusto, se inclinaba sobre el hombre. Lanzó un gruñido al comprobar que estaba muerto y se volvió hacia la muchacha.

—Supongo —dijo secamente— que todo esto tendrá una explicación, señorita Taylor.

—¿Está..., está...?

El

g-man

se puso en pie.

—Está muerto, desde luego. Espero que usted me facilite dar un informe convincente a mi jefe. Matar a un hombre no es cosa tan insignificante para nosotros, se diga lo que se diga.

—Yo..., yo... Yo, yo, yo... ¡Dios mío!

Se llevó las manos al rostro de pronto, estremeciéndose en un sollozo. Glenn guardó la pistola, pasó un brazo por los hombros de la muchacha y le dio unas palmaditas:

—Está bien, está bien... Cálmese, por favor. Entendí con toda claridad que las intenciones de este hombre no eran muy buenas precisamente. ¿Querrá explicarme lo que sucede?

Amanda alzó el rostro y empezó a tartamudear. Glenn sonrió, le dio unos cachecitos cariñosos y la llevó hasta el sillón. La sentó allí, fue al cuarto de baño y volvió con un vaso de agua.

—Lamento no llevar encima mi cantimplora de *whisky*... —Intentó calmar a la muchacha con una broma—. ¿Tiene algo contra el agua?

Ella movió negativamente la cabeza, pero cuando fue a tomar el vaso, Glenn comprendió que iba a verterse encima el contenido. De modo que le puso una mano en la nuca y él mismo le dio el agua.

—Aaaasí... Milagros de la sugestión. ¿Se siente mejor después de beber agua simple y vulgar?

—Usted..., usted es... del FBI...

—Por supuesto. Usted me citó aquí, ¿no es cierto? Creo que mi clavel se ve fácilmente. Y su gardenia es muy bonita. Y usted es

mucho más bonita que su gardenia.

Amanda se quedó mirándolo incrédulamente.

—¿Cómo puede... bromear... en un momento como éste, con..., con un hombre muerto a sus pies...?

—Bueno... —Gruñó Glenn—. No está a mis pies. Ni estoy bromeando. Sólo intento elevar un poco su moral. Salgamos del dormitorio; así dejará de ver el cadáver.

La cogió del brazo y la sacó al *living*. La dejó sentada en el sofá y volvió al dormitorio. Registró al hombre. Se llamaba Slim Clayton, tenía treinta y nueve años, de profesión mecánico, había nacido en Bedford, Indiana, y, al parecer, estaba soltero. Eso era todo. Llevaba unos cientos de dólares, unas llaves, tabaco, encendedor... Y la pistola, naturalmente.

Sin tocar nada, Glenn volvió al *living*, se sentó en el sofá junto a la muchacha y le cogió una manita.

—¿Está más tranquila? —sonrió.

—Sí... Sí, sí... ¿Qui... quién es..., era...?

—Slim Clayton. ¿Lo conocía?

—No... Lo he visto esta noche por primera vez. Cuando usted llegó ya hacía rato que él me estaba vigilando. Estuve segura de que..., de que quería matarme... o algo así.

—Algo así... —musitó Glenn—. Me pregunto qué será algo así. ¿Por qué supone usted que querría matarla?

—Deben... haber descubierto que los vigilo...

—¿Quiénes?

—El profesor Parker y Leonard Platt.

—¡Ah!... ¿Conoce usted al profesor Parker? Bueno, supongo que se refiere usted a Edmund Parker, el científico que vive en Hialeah.

—Sí, sí... A él.

—Bien. ¿Y quién es el otro, ese Leonard Platt?

—Un espía.

Glenn Nash parpadeó. Se quedó mirando amablemente a la muchacha como esperando aclaración posterior. Pero como ésta no llegó, el

g-man

continuó el interrogatorio:

—¿Qué clase de espía? ¿De qué bando?

—No lo sé.

Nash reflexionó durante unos segundos.

—¿Por qué dice usted que es un espía?

—Yo... sospeché de él ya en Richmond. Vivía cerca de él y sus actividades me parecieron sospechosas. De cuando en cuando recibía a un hombre en su apartamento...

—¿Hombres? Vaya, esto es lamentable, ¿verdad?

Amanda se sonrojó.

—No..., no es lo que usted... cree... Iban a tratar de negocios. Yo sé que una vez llegó uno que era ruso... El nombre era ruso, al menos. Oí que Platt le llamaba Spovenko, y el otro le dijo que no le llamara así, que su nombre en Estados Unidos era Mitchel Harris y que él, Platt, lo sabía muy bien...

—Dice usted que los oyó... ¿Estaba con ellos o cerca del apartamento quizá?

—No... Yo les..., les había colocado un micrófono en el apartamento de Platt...

Nash quedó boquiabierto unos segundos.

—¿De veras? —musitó al fin—. ¿Por qué?

—Ya le he dicho que Platt me resultaba sospechoso.

—Ah, sí... Bien, bien... Dígame, señorita Taylor, ¿a qué se dedica usted?

—Soy licenciada en Literatura. Me dedico a traducir libros y he escrito algunos artículos...

—¿Sobre qué?

—Bueno... Relatos policíacos... También una novela.

Nash iba de sorpresa en sorpresa, cada vez más atónito.

—Policíaca, supongo.

—No, no... De espionaje. Pero todavía..., todavía no he encontrado un editor...

—No desespere. Mmm... Veamos... Decía usted que Leonard Platt le pareció sospechoso, le colocó un micrófono, escuchó lo que hablaba con el tal Spovenko... ¿Qué hablaron?

—Spovenko le compró algo a Platt, le dio dinero y se despidieron para siempre. Spovenko está ya muy lejos de Estados Unidos.

—¿No sabe lo que Platt le vendió?

—No. Pero cuando Platt se fue de Richmond lo seguí... Y aquí estoy, vigilándolo. Llegó a Miami hace una semana y se dedicó a

rondar la casa de Edmund Parker. Yo me enteré de que Edmund Parker es un científico, un hombre de esos que..., que inventan cosas, y comprendí que Platt quería algo de él, seguramente para vendérselo también a Spovenko o a otro como él. Y pensé que si eso era algo que podía ser útil para nosotros, no era conveniente que lo tuvieran los rusos.

—¡Santo cielo!... —musitó Nash—. ¿Se da usted cuenta del lío en que se está metiendo? Eso, suponiendo que... No. Claro que no.

—¿Qué..., qué iba a decir?

—Pues iba a decir que todo podía ser fruto de su imaginación de novelista, pero tengo la impresión de que el cadáver que tenemos en el dormitorio es auténtico... Siga. ¿Qué más?

—Ayer..., ayer por la mañana, Leonard Platt dejó de vigilar la casa de Edmund Parker. Se fue a Miami...

—¿Y usted no le siguió? —sonrió Glenn.

—Estaba..., estaba segura de que volvería, porque..., porque no vi que retirara los micrófonos que había colocado en una ventana grande y en dos pequeñas de la casa del profesor Parker. De modo que... aproveché que él no estaba por allí para..., para acercarme ya a la casa y conseguir los planos, la..., la fórmula.

—Lo fórmula..., ¿de qué?

—No lo sé. La fotografié con mi microcámara y les envié el microfilme a ustedes.

—Vamos a ver, vamos a ver... ¿Cómo consiguió usted fotografiar esa... fórmula?

—Entré en la casa del profesor Parker pasada la medianoche, llegué a su laboratorio, encontré la caja fuerte y la abrí. Saqué los planos, los iluminé con mi linterna especial y los fotografié.

De nuevo quedó estupefacto Glenn Nash.

—¿Así..., tan sencillamente? —musitó.

—Ya tuve cuidado de que no me vieran.

—No me diga... ¿Se da cuenta de que ha cometido usted robo de propiedad profesional, con allanamiento de morada?

—Me pareció que era mejor que yo lo enviase al FBI antes de que Platt lo consiguiera y lo vendiera a los rusos. Si es algo importante, ustedes le impedirán ese negocio con un ruso, ¿no?

—Emmm... —Nash sacudió la cabeza—. Sí, sí... ¡Por supuesto que sí! Por todos los demonios... Estoy entendiendo que usted se ha

dedicado al espionaje por su propia cuenta, señorita Taylor.
¿Exacto?

—Sí, señor.

—Y puesto que ya una vez colocó micrófonos en el apartamento de Leonard Platt y descubrió que vendía algo a un ruso llamado Spovenko, que en Estados Unidos se hacía llamar Mitchel Harris, se ha dedicado, también por su propia cuenta, a espiar a Platt. Así ha descubierto que el profesor Parker ha conseguido una... fórmula de algo que no sabe qué es, pero que puede ser importante, ya que Platt parece que quiere conseguirla, posiblemente para venderla a otro ruso.

—O a quien sea. En esta ocasión quizá no sean rusos, sino franceses.

—¿Franceses?

—Francesas. ¿Vio a las dos chicas gemelas que había en el bar del hotel?

—Sí... Desde luego que sí.

—Pues Leonard Platt, cuando regresó anoche de no sé dónde, se fue al Atlantis Hotel, y estuvo hablando con ellas. Y cuando él salió, yo fui a buscar mis cosas al otro hotel donde me había alojado al llegar a Miami, y me trasladé al Atlantis, para vigilar mejor a las hermanas gemelas.

—Formidable —masculló Glenn—. De modo que tenemos mezclados en el asunto de la fórmula misteriosa...

—No sé si es misteriosa, pero sé su nombre.

—¡Bien! ¿Cuál es?

—

W. O. F.

—Mmmm... ¿Perdón?

—

W. O. F.

Tres letras mayúsculas separadas por puntos... ¿Acaso no ha visto usted el microfilme que les envié? ¿No han obtenido copias? ¿No lo han revelado?

—Pues... Vamos a ver: el profesor Parker descubre una nueva fórmula de algo que se llama

W. O. F.,

y usted cree que Leonard Platt es un espía profesional que quiere

robársela para venderla a dos muchachas francesas que son hermanas gemelas. ¿Es éste el resumen?

—Sí, señor.

—Bien... Dígame..., ¿cómo aprendió a... espiar?

—Por correspondencia. Usted ya sabe que hay varios cursos particulares para agentes secretos, y como siempre me ha gustado el espionaje...

Glenn sonrió torcidamente.

—Es emocionante, ¿verdad?

—Oh, sí... ¡Mucho!

—Muchísimo... ¿Se da cuenta de que sin mi intervención quizá usted estaría muerta a estas horas, señorita Taylor?

—No... no creo que... que...

—¿No lo cree? Pues su papelito era muy significativo. Estaba usted aterrada. Además, es evidente que no se desenvuelve muy bien, ya que resulta obvio que Leonard Platt ha descubierto que usted le vigila a él y a las dos gemelas francesas. Por eso, envió a Slim Clayton, para sacarla de aquí, cortarle el cuello, y tirarla al fondo de la bahía envuelta en un traje de cemento... y sin gardenia. Espero que todo esto sea... un pequeño malentendido que... No. Otra vez no. Todo va en serio. Ahí tenemos a Slim Clayton, como prueba. ¿Usted... se da cuenta del lío en que se ha metido?

—Yo quiero ayudarles a ustedes. Por eso les envié la fórmula. Y espero que a Platt lo...

—Señorita Taylor: lo que usted nos envió fue un microfilme velado. No había nada allí. Todo estaba negro. Es la primera noticia que el FBI, en mi persona, recibe de esta fórmula llamada W. O. F.

—¿E... e... estaba... velado...?

—Completamente. Mucho me temo que sus clases de agente secreto no han sido... debidamente aprovechadas.

—¡Pero mi intención...!

—Su intención, como se suele decir, era buena. Pero se me ocurre que tengo un buen trabajo para usted.

—¿De espionaje?

—No precisamente. Verá: usted se va a...

—Yo... yo quería... quería...

—¿Qué quería?

—Bueno... Ser... ser admitida en el FBI.

Glenn Nash quedó ahora completamente turulado. Luego, se congestionó un poco. Por último, respiró hondo, sonrió como si le dolieran las muelas y los pies a la vez, y procuró encontrar el más amable tono de voz:

—Escuche mi trabajo para usted: se va a un lugar tranquilo, donde Leonard Platt no pueda encontrarla. Allá se está quietecita, tomando el sol... o escribiendo una novela de espionaje; escribiéndola, no viviéndola. Luego, cualquier día, aparezco yo por allí, tan campante, le digo que todo está solucionado..., y nos tiramos el gran flirt, alegremente. Hasta si quiere, le permitiré ser mi novia... ¿Okay?

—Usted... usted no me toma en serio, señor...

—Glenn Nash. Y la tomo muy en serio. Pero... digamos que para asuntos... particulares. ¿Qué me dice del flirt? ¿O prefiere ser mi novia? Puede elegir.

—Si usted no está dispuesto a atenderme debidamente iré a la Delegación del FBI, hablaré con su jefe...

—La he atendido muy debidamente, señorita Taylor. No olvide que está viva gracias a mí. ¿Y aún tiene quejas?

Amanda se puso en pie, irritada.

—No iré a ningún lado, señor Nash. Me quedaré aquí, y seguiré haciendo mi juego.

Nash se quedó mirándola unos segundos, con la cabeza ladeada, entornados los ojos. Por fin, suspiró, sacó lo que parecía una pitillera metálica de un bolsillo del *smoking* y oprimió un ángulo.

—Nash —se presentó—: quiero la oficina del jefe.

Unos segundos de espera. Luego, muy tenue, la voz del inspector Gordon:

—¿Sí, Glenn?

—Ha ocurrido algo, señor...

CAPÍTULO V

Amanda miraba con incontenible admiración a aquellos hombres que se movían silenciosamente por la *suite*, sin necesidad de hacer el menor comentario, cada uno se dedicaba a su trabajo. Habían tomado fotografías; habían registrado la *suite*..., sin encontrar ningún microfilme, por cierto; y tras esto, se estaban marchando uno a uno, con un sigilo tan perfecto que ni siquiera parecía sigilo. No había habido el menor escándalo, la menor conmoción en el hotel. Era, talmente, como si allí no hubiera ocurrido nada.

Absolutamente nada.

En un ángulo del *living*, Glenn Nash estaba conversando con uno de aquellos hombres, el de más edad, que tenía ya muchos cabellos grises, y una mirada aguda, rapidísima, penetrante. De cuando en cuando la miraba a ella, pero dedicaba su máxima y auténtica atención a escuchar las explicaciones de Nash.

Por fin, cuando ya estaban en la *suite* solamente ella, Nash y el hombre de los cabellos grises, éstos dos se acercaron al sofá. Nash quedó de pie, y el otro se sentó a su lado, mirándola entre amable y enfurruñado.

—Entendido, señorita Taylor, que, a su manera, ha proporcionado una pista al FBI. Sin embargo, temo mucho que su... actuación personal está llena de irregularidades.

—Yo siempre he entendido que el FBI suele actuar también de un modo irregular.

—Bueno, en ocasiones... Oiga: ¿qué quiere usted decir?

—Que si es necesario hacen... trampas, o sea que recurren a trucos que no serían del agrado de algunos ciudadanos.

—Parece que está más calmada y más segura de sí misma —gruñó Glenn Nash—. Ya le he dicho que ella es muy cabezota,

señor.

Estas palabras le valieron a Nash una furibunda mirada de la muchacha, que, paradójicamente, mejoró el humor del g-man, obligándole casi a sonreír.

—No soy cabezota. Es sólo que me gustaría trabajar para ustedes, señor...

—Gordon, inspector-jefe de la Delegación del... Oh, vamos, usted ya sabe... Mire, señorita Taylor, nosotros pensamos que sería una buena idea que usted desapareciera.

—¿Que desapareciera?

—Glenn se encargará del caso. Eso es todo.

—¿Me... echan a un lado? —musitó Amanda.

—Pero no por celos profesionales —sonrió Glenn Nash—. Lo hacemos solamente por... consideración.

—¿Se ven capaces de seguir ustedes solos este caso?

Gordon y Glenn cambiaron una rápida mirada poco menos que risueña.

—Haremos lo posible. Por supuesto, nos dedicaremos de lleno a trabajar de modo que no... estropeemos su labor. Es un caso delicado. El profesor Parker es persona de gran estima social. Tenemos que andar con pies de plomo.

—¿Para que, mientras tanto Leonard Platt le quite esa fórmula del producto... o lo que sea, llamado W. O. F.?

—¿Se le ocurre algo mejor?

—Mucho mejor. Entré una vez en la casa de Edmund Parker. Puedo entrar otra vez, si quiero. Y volvería a fotografiar esa fórmula...

—¿Y nos entregaría un microfilme velado? —sonrió Nash.

—¿Usted lo haría mejor, señor Nash? —replicó hoscamente Amanda Taylor.

—¿Mejor? Pues... Oh, lo intentaría, claro... Pero hay una cosa que, de momento, me retiene en la actividad de hacerle una visita al profesor Parker: ignoro dónde está Leonard Platt. Si está vigilando la casa de Parker, como usted dice, la cosa es... peligrosa. Pero, sobre todo, comprometida. No nos gusta espantar la caza. De todos modos, en menos de un par de horas sabremos mucho sobre

la realidad de la situación.

—¿De qué modo?

—Usted es espía... ¿No lo adivina?

—Señor Nash: de todos cuantos hombres impertinentes y fanfarrones he conocido, usted es el mayor que...

—No conoce a Tony Leopard —rió Nash—. Si él estuviera aquí, ya la habría enviado a Alaska, a tomar el té con los esquimales. ¿Sabe esquiar, señorita Taylor?

—Un poco. Cuando estaba en la universidad... ¡Se está burlando de mí!

Glenn se sentó a su lado, riendo, y le tomó una mano.

—¿Qué me contestar a lo del flirt?

—¡No me iré a Miami!

Gordon suspiró, como cansado.

—Parece que tendremos que... invitarla, señorita Taylor.

—¿Invitarme..., a qué?

—A pasar unos días en la Delegación. Estará bien atendida.

—Y le llevaremos bombones —dijo Nash—. ¿No es maravilloso?

—¿Van a... a detenerme?

—Sólo invitarla.

—¡No tienen derecho a hacerlo!

—Usted entró en una casa que no era la suya, robó unos documentos.

—¿Puede probarlo, señor Nash? —sonrió de pronto la muchacha.

—Usted misma dijo... Ah, ah, ah... ¿De modo que es usted muy lista? Pues sepa...

Se oyó un suavísimo zumbido a la altura del pecho de Nash, que sacó rápidamente aquella especie de pitillera, y admitió la llamada.

—Nash. ¿Qué hay?

—Glenn, esas gemelas francesas están todavía en el bar. Están en la *suite* 578, que es doble. Se llaman Desirée y Monique Leroux, y llegaron hace tres días, de París. Motivo del viaje: placer, turismo... Pasarlos bien, en suma.

—¿Llegaron solas?

—Completamente.

—¿Hay algo respecto a su profesión?

—Han asegurado que son modelos. Y no me extraña... ¿Las has

visto? ¡Son...!

—Ya las he visto. ¿Nadie ésta con ellas?

—Nadie. Beben champaña, y sonrén viendo las atracciones. Son de esas chicas guapas a las que los hombres no nos atrevemos a acercarnos por las buenas. Chicas... selectas.

—Sigue vigilándolas.

—Será un placer. Si me pierdo, búscame en la *suite* número 578. ¡Y ojalá me encuentres allí!

Sonriendo de mala gana, Glenn guardo la radio. Miró su reloj, y luego a Gordon, que hizo lo mismo. Luego, los dos encendieron sendos cigarrillos, y se dispusieron a esperar, obviamente. Amanda los estuvo mirando unos segundos, casi irritada. Pareció a punto de decir algo, pero finalmente optó por encerrarse en un hosco silencio.

Quince minutos más tarde, la puerta de la *suite* se abrió, y dos hombres entraron en ella. Dos hombres con chaquetilla granate, uniforme del servicio del hotel. Uno de ellos llevaba una carretilla metálica, con una gran cesta de mimbre. Sin decir palabra, recogieron el cadáver del hombre llamado Slim Clayton, y lo metieron dentro de la cesta. Salieron del dormitorio y se detuvieron delante de Gordon, que se volvió hacia Amanda.

—Llegó la hora de su marcha, señorita Taylor.

—¿La hora...? ¿Qué... qué dice...?

—Será mejor que se meta en la cesta. La sacaremos clandestinamente de aquí.

Amanda se puso en pie de un salto.

—¡Están loco si piensan que van a meterme en...!

Enmudeció bruscamente, sobresaltada, asustada. Glenn Nash estaba ante ella, mirándola con el ceño fruncido.

Sólo dijo:

—Le pediré perdón en otro momento.

Amanda vio venir el golpe, y en un instante, recordó todas aquellas cosas de judo, *jiu-jitsu*, y zarandajas de ese estilo. Cuando a uno quieren golpearlo por delante en la base del cuello, sólo tiene que pasar rápidamente una mano ante el pecho, y lanzarla hacia adelante, así, el golpe resbala sobre la parte externa del brazo, desviado hacia afuera, y se está en disposición de contraatacar...

Lo hizo bien. La mano derecha de Glenn resbaló sobre la parte

externa de su bracito derecho fallando el golpe... Pero, por desdicha, la mano izquierda lanzaba simultáneamente un golpe gemelo, que alcanzó a la bella muchacha en el sitio exacto del otro lado del cuello. Y los efectos fueron fulminantes.

Como dormidita, Amanda Taylor se relajó; sus piernas se doblaron, su cabecita colgó hacia un lado... Habría caído al suelo si Nash no la hubiera sujetado por la cintura, dejando descansar su cara en el flaco y durísimo pecho, tenso, de músculos delgados y elásticos.

—Es muy bonita... ¿Verdad, señor? —comentó.

—A la cesta con ella —gruñó Gordon.

Nash la depositó con todo cuidado en la cesta, junto al cadáver de Slim Clayton. Inmediatamente, los dos g-man

encargados del traslado clandestino del cadáver salieron de la *suite*.

—Bueno —suspiró Nash—. ¿Y ahora?

—Alójate en este hotel. Ya te diremos algo.

—¿Me dedico a las francesas?

—¿Y a mí qué me cuentas? ¿Todavía tendré que darte indicaciones, a estas alturas?

—He observado que siempre que Tony Leonard se va de vacaciones su humor empeora, señor. ¿No será que echa de menos al gran Tony?

Gordon soltó un resoplido.

—Ya tendrás noticias sobre todo esto.

—Okay.

CAPÍTULO VI

Hacia las diez y media de la mañana, las dos hermanas gemelas llamadas Desirée y Monique Leroux aparecieron en la playa privada del hotel, directas hacia el embarcadero. Llevaban un bonito bikini de color azul, con un volantito delicioso en el corpiño y los pantaloncitos, y, por supuesto, todas las miradas masculinas... y las femeninas fueron hacia ellas.

En el embarcadero las estaba esperando una lancha, en la cual se veía a un hombre de unos cincuenta años, de ojos diminutos y expresión de granuja simpático, tocado con una brillante gorra blanca y azul, de yachtman, naturalmente.

Tendido en la arena bajo la sombra de uno de los parasoles de ramajes, Glenn Nash las estuvo mirando hasta que llegaron a la lancha. Luego, miró brevemente a Martin, que se había quedado en la salida del hotel directa a la playa. Y volvió a mirar a las gemelas.

Estaban charlando con el marino con cara de granuja que dijo algo que las hizo reír. Luego, el hombre saltó de la lancha, dejándolas solas, y camino hacia tierra firme, sin importarle lo más mínimo el remojón de sus pies descalzos. Nash volvió a mirar hacia Martin, asintió con la cabeza, y Nash se puso en pie desganadamente, dirigiéndose hacia el embarcadero.

—Hola —saludó al llegar—. ¿Alguna dificultad?

Las gemelas lo miraron como sobresaltadas y extrañadas a la vez.

—Ninguna, señor —aseguró una de ellas, con un delicioso acento francés—. Es usted muy amable.

—Hoy no es mi día de suerte... ¿De verdad no puedo ayudarlas en nada?

—Estoy segura de que no, señor.

—Vaya... Esto... ¿Pueden decirme una cosa, al menos?

—¿Qué cosa?

—¿Ustedes son dos... o una sola?

Se ganó un par de corteses sonrisas, casi divertidas en realidad.

—¿Cómo dice, señor?

—¿Son dos o una?

—Somos dos, claro está... ¿Tiene dudas?

—Verá lo que pasa... Anoche, bebí un poco en el bar... ¿Lo soñé o estaban ustedes allí?

—Estábamos allí.

—¿Las dos?

—Sí...

—¡Gradas a Dios...! Llegué ya con unos cuantos *whiskys* en el estómago, y cuando las vi, me dije: «Glenn, ya has bebido bastante, de modo que pide algo que sea bueno para la salud»... Y Pedí una tónica. Je, je... ¿No es divertido? ¡Cuando las vi pensé que era una sola chica, guapísima, pero yo veía doble! Y al verlas esta mañana, pues he pensado: «Glenn, tienes que asegurarte, muchacho; una borrachera que dura todavía a las diez de la mañana es algo espantoso». ¿De verdad son dos?

—Pues sí —rió la que había estado hablando—. ¡Somos dos! No debe preocuparse más por sus... *whiskys* señor.

—Me llamo Glenn.

—Nosotras, Monique y Desirée.

—Qué bien... Y ya que somos amigos..., ¿qué tal si me invitan a pescar?

—No vamos a pescar, sino a tomar el sol. Comprenda que... no es discreta su presencia.

—¿Por qué? Hay muchas chicas que están tomando el sol en esta playa, ¿no?

—Pero nosotras tenemos intenciones de tomarlo a todo cuerpo, señor Glenn.

—Pues... Vaya, siempre me pierdo lo mejor. Seguro que hoy no es mi día de suerte. ¿Volverán tarde?

—Perdone, pero no es cuenta suya, nos parece.

—Es que... me gustaría invitarlas a tomar algo antes del almuerzo. ¿Qué dicen a eso?

—Lo pensaremos mientras tomamos el sol. Buenos días, señor

Glenn...

Sabían perfectamente cómo manejar una lancha. Glenn las vio marchar mar adentro, y estuvo allá hasta que la lancha estuvo a no menos de trescientas yardas. Entonces se volvió, dispuesto a regresar a su parasol de ramajes..., y casi se dio de bruces con un hombre.

—Perdón...

—No importa, señor.

Nash se quedó mirándolo, interesado.

—Oiga..., usted es el acróbata filipino... Luciano Cortez, ¿no es así?

—Es usted muy amable al recordarme, señor.

—Bueno... No es fácil hacer lo que usted hace. Espero que se lo paguen bien.

—No me quejo. Entendí que quería usted salir de pesca, señor... ¿Glenn?

—Glenn Nash.

—Encantado. Vea, señor, yo... soy persona mas bien sociable, pero no tengo... muchas oportunidades para demostrarlo en Estados Unidos. Me encanta la pesca, y pensé... Perdona... No es que estuviese escuchando sus palabras, pero las oí... Bien, señor Nash, he pensado que quizá le gustaría salir de pesca conmigo. Podríamos alquilar una lancha, y...

—Amigo, no se confunda —rió Glenn—. Lo que yo quería pescar era una de esas morenas francesas. De otra clase de pesca no entiendo ni palabra.

—Oh...

—Lo siento —volvió a reír Glenn.

Luciano Cortez también sonrió, decepcionado en verdad.

—No importa... Siento haberle molestado, señor Nash.

—De eso nada. Y ahora, con su permiso, seguiré tomando el sol... Es el deporte que más me gusta. Ya nos veremos.

—Sí... Hasta luego, señor Nash.

Glenn regresó al parasol se tumbó precisamente lejos de la sombra, encendió un cigarrillo y se puso los lentes antisolares. Cuando hubo terminado el cigarrillo se puso en pie, recogió sus cosas, y subió a la *suite* que había conseguido en el Atlantis. Se duchó, se puso unos pantalones blancos y un jersey negro, de hilo, y

metió los pies en unas zapatillas de paja. Encendió otro cigarrillo, sacó la radio, y efectuó la llamada.

—Nash —se presentó—, con el inspector Gordon.

—Le ha llamado dos veces, Nash. Le está esperando en su despacho.

—Como una bala.

CAPÍTULO VII

—Hola, señor. ¿Y mi novia?

—¿Qué novia? —Gruñó Gordon.

—Amanda.

El inspector del FBI en Miami soltó otro gruñido.

—Siéntate. Hemos estado trabajando todos mucho para facilitarte las cosas. Y después de todo el trabajo se ha organizado un lío espantoso... ¿Qué crees que pinta un petrolero cargado con cien mil toneladas, que, partiendo de Galveston, Texas, se está dirigiendo hacia Kay West, a toda máquina?

—Mmm... ¿A Kay West? Yo diría que tenemos allá una base naval, ¿no es así?

—Así es.

—Pues entonces, quizá necesiten combustible. ¿O acaso no ha sido solicitado ese petróleo?

—Lo sabremos pronto. Mmm... El profesor Edmund Parker tiene una visita en su casa. Un huésped. Se llama Roscoe Fallon, y es el propietario de la Fallon Petroleum, Ltd., radicada en Texas.

—Emmm... Vamos a ver, vamos a ver... ¿Relaciona usted ambas cosas, señor?

—El petróleo es la Fallon Petroleum.

—Demonios, demonios... Esto es intrigante en verdad. ¿Que hace en el domicilio de Edmund Parker el propietario de esa compañía petrolera tejana?

—Nada. Está allí, simplemente. Le hemos tomado unas fotografías con teleobjetivo. Sale al jardín, toma el sol, nada en la piscina, bebe Coca-Cola...

Con él está el profesor Parker.

—Es natural.

—Sí... Lo es. También hay otros dos hombres. Desconocidos. Al parecer, el señor Roscoe Fallon no se ha recatado demasiado en evidenciar su presencia y su nombre. Es como si quisiera dejar bien sentado que está en la casa de Edmund Parker...

—Y mientras tanto uno de sus petroleros se dirige hacia Kay West —musitó Glenn—. De acuerdo, señor, usted sabe más que yo... ¿Cuál es el truco?

—Éstas son las fotos conseguidas por dos de tus compañeros, que ya han sido retirados de allá. ¿Quieres verlas?

Glenn tomó el puñado de fotografías. Se veía una linda casita, con las persianas azules, situada junto a un canal de los que abundan en Hialeah. Había piscina y solárium, parasoles de colores a rayas, un diminuto jardín... Todo sugería paz y descanso. Bucólico... Ciertamente bucólico...

—El que está algo calvo es Edmund Parker. Y el que está sentado ante él tomando no sé qué, pero que parece Coca-Cola, es Roscoe Fallon. Mediana estatura cabellos rojos, atlético... Ahí lo tienes en un primer plano tomado con el máximo acercamiento del teleobjetivo...

—Parece un hombre amable y educado.

—¿Te sorprende?

—Bueno Supongo que el dueño de una compañía de petróleos y cosas de éstas tiene que ser un hombre de mundo. Apuesto a que gana más de diez mil dólares anuales... Pero no se divierte tanto como un agente del FBI. ¿Estos dos son desconocidos?

—Sí.

—Bien Si son desconocidos es que no son amigos del profesor Parker, o vecinos... Entonces, han llegado con Roscoe Fallon... ¿Okay?

—Evidentemente.

Glenn se quedó mirando a su jefe con los ojos entornados.

—Al grano señor —gruñó—. ¿Qué hay de... extraordinario en todo esto?

—Hemos llamado a la Delegación de Houston, Texas. Allá, se han enterado de que, efectivamente, Roscoe Fallon salió con su avión particular, hace dos días rumbo a la Florida, con su piloto. Un

solo piloto.

—¿Y ahora está con dos hombres?

—Sí. Pero eso no es todo. Le hemos enseñado las fotografías a la señorita Taylor, por si sabía algo de estos dos individuos desconocidos. Dice que los ha visto antes, merodeando la casa de Edmund Parker. Y no es eso todo, todavía. Cuando vio la fotografía de Roscoe Fallon lanzó una exclamación, y dijo que también lo conocía.

—Vaya nena. ¿De qué conoce ella a Roscoe Fallon?

Gordon quedo pensativo, fruncido el ceño.

—Amanda Taylor dice que ese hombre pelirrojo no puede ser Roscoe Fallon, porque es Leonard Platt.

—¿Cómo? —Quedó atónito Glenn.

—Eso: que el hombre que está en la casa de Edmund Parker con el nombre de Roscoe Fallon, no es el tal Fallon, propietario de la Fallon Petroleum, Ltd., sino que es Leonard Platt, el... espía que según ella conoció casualmente en Richmond, el que vendió no sé qué a un ruso llamado Spovenko... En suma, el hombre que esta... vigilando a fin de que no robe al profesor su fórmula

W. O. F.

—¡Gran jugada! Eso significa que el tal Platt está suplantando a Roscoe Fallon cerca del profesor Parker. O bien que... que...

—Que Edmund Parker está metido en todo esto.

—Sí, señor. Pero además hay otra cosa... Si el hombre que está con Edmund Parker es Leonard Platt ¿dónde está el verdadero Roscoe Fallon?

—¿Se te ocurre algún modo de averiguarlo?

—Varios... ¿Me despido del hotel?

—No. Hay algo que es elemental en todo esto, Glenn SiPlatt está usurpando la personalidad de Roscoe Fallon, significa que está convencido de que Fallon no aparecerá... jamás. Posiblemente, de un modo u otro, lo interceptó, y lo mató. Y ocupó su lugar. Evidentemente Leonard Platt va a por la fórmula

W. O. F.,

inventada por Edmund Parker. Ahora, pensemos con lógica; si tú eres un espía, ya sea de determinada nacionalidad para el servicio, o espía particular, y estás buscando la fórmula

W. O. F.,

y permaneces en la casa de quien la tiene..., ¿qué significa?

—Que todavía no tengo la fórmula. Si la tuviese habría escapado ya con ella, y posiblemente habría matado a Parker.

—¿Por qué no ha hecho eso Leonard Platt?

—Emmm... Está esperando algo, ¿no?

—¿Qué cosa?

—¿El petróleo que el auténtico Fallon hizo salir de Galveston rumbo al extremo sur isleño de la Florida?

—Bravo, Glenn.

—Pero..., ¿qué puede tener que ver un espía, un petrolero dos gemelas francesas, una fórmula llamada W. O. F...?

—Quizá sabríamos algo más si supiéramos qué contiene esa fórmula, Glenn. Fue una lástima que Amanda Taylor velase el microfilme... Y he pensado que sería una buena idea conseguir otro microfilme idéntico para nuestros analistas, nuestros químicos.

—Claro. Sería... ¡No! ¿Va a enviar a esa chica otra vez a...?

—La acompañarás.

—¡No! Yo sólo puedo hacer ese trabajo. Usted sabe...

—Sé de lo que eres capaz. Pero no olvidemos una cosa: cuando esa chica fue a la casa de Edmund Parker, éste se hallaba solo, sin la vigilancia de ese Leonard Platt y sus hombres... Tremendo olvido el mío: la chica lanzó un grito anoche, de pronto, después de sacarla de la cesta de mimbre. ¿Sabes que dijo?

—¿Qué?

—Que Slim Clayton, el hombre que tuviste que matar era uno de los que vigilaban la casa de Parker.

—Bueno... Eso casi es natural. Por todos los demonios, temo que voy a empezar a echar humo de la cabeza de un momento a otro... ¿Qué me decía, señor?

—Que cuando esa chica fue a la casa de Parker, éste se hallaba solo, sin la vigilancia de Platt y sus hombres. Ella pudo entrar con toda facilidad.

—Yo también podría.

—Lo sé. Pero interesa la rapidez. Sé que puedes abrir cualquier caja con aceptable rapidez, escabullirte como una sombra... Pero me parece mejor ir con quien ya conoce el terreno y el modo de abrir esa caja así como el lugar donde está instalada.

—Solución fácil: ella me dice todo eso, yo voy tomo los

microfilmes... ¿No?

—Amanda Taylor se niega —gruñó Gordon— O la llevas contigo, o no dice ni una palabra.

—Maldita sea mi suerte... Ya digo yo que hoy tengo mal día... Voy a ir a ver a ésa espía de opereta y me va a oír... ¡Vaya si me va a oír...!

CAPÍTULO VIII

Amanda alzó la cabeza, vio a su visitante frunció el ceño, y se volvió ostensiblemente de espaldas. Glenn caminó hasta quedar junto a ella, se colocó delante en vista de que ella no pensaba volverse, y le sonrió hipócritamente.

—Hola, Amanda. ¿La tratan bien?

—No.

—¿Quiere algo...? Lo que sea. Estamos aquí para servirla. Pida lo que quiera... Soy su más humilde servidor, la admiro... Es muy preciosa e inteligente, es verdad.

Amanda se volvió.

—No le diré lo que quiere saber, señor Nash.

—Vaya —sonrió, Glenn, como el lobo disfrazado de cordero—
¡Pero si no quiero saber nada...! Sólo he pasado a saludarla.

—Pues ya lo ha hecho. Adiós.

—¿Puedo traerle algo? ¿Revistas, café, bombones, medias nuevas...?

—Hace mucho calor para llevar medias.

—Sí... Es cierto... Je, je... Mire, voy a contarle una pequeña historia de un compañero mío. Ya sabe como somos en el FBI: un poco orgullosos de nosotros mismos y de la organización. De cuando en cuando, alguno de nosotros se pasa de listo, y entonces, quiere hacer las cosas él solo... Y está claro que eso sólo lo consiguen tipos de la talla de Hadaway, Leopard... Bueno, pues un compañero quiso hacer él solo una cosa. Ya sabe, nos enseñan de todo: armas, lucha personal, idiomas, trucos mil... Nos preparan muy bien para esta clase de vida... Pues bien: ese compañero de que le hablo, que creyó poder resolver él sólo aquel asunto, apareció un par de días más tarde, flotando en las aguas de

Biscayne Bay.

—¿Y qué?

—Si eso le pasó a él..., ¡imagínese lo que puede ocurrirle a usted!

—Yo no iría sola, sino con usted. En cambio, usted sí quiere ir solo, señor Nash.

—Emmm... Bueno, yo soy diferente...

—¿A mí o a su compañero del que me ha contado esa historia?

—Pues a... Mire, Amanda, usted dígame todo lo que sabe sobre la caja fuerte, el lugar donde está...

—¿Se considera mejor espía que yo, señor Nash?

—Por supuesto, querida —sonrió Glenn.

—Entonces, demuéstrelo. Vaya usted solo allá y consiga lo que conseguí yo sola.

—No interesa perder tiempo...

Nash se quedó mirándola hoscamente. De pronto, farfulló algo, dio media vuelta y saltó del confortable aposento que se había habilitado en la Delegación para Amanda Taylor.

CAPÍTULO IX

—No suelta prenda, señor.

—Te lo advertí. Pero como todavía tenemos unas horas por delante hasta que llegue la noche, seguiremos trabajándola. Si conseguimos convencerla te avisaremos.

—¿Y si no...?

—Te avisaremos igual, cuando llegue el momento de... allanar la morada de Edmund Parker. Cosa que no va a ser fácil, estando allá ese Leonard Platt que se hace pasar por Roscoe Fallon... Ah: Martin ha llamado. Respecto al marino que le indicaste en la playa del Atlantis. El hombre se llama Josuah Andrews, y hace quince años que se dedica al alquiler de lanchas. Lo conoce todo el mundo, es un granuja simpático y jamás ha tenido el menor roce con la policía. Nada por ese lado, Glenn.

—¿Para qué querrán la lancha las gemelas?

—No sé. ¿Tú que crees?

—Quizá sea cierto que quieren tomar el sol... a todo cuerpo. Por cierto, ahora que recuerdo: las invité a tomar un aperitivo.

Gordon miró su reloj.

—Pues si no te das prisa, llegarás tarde.

CAPÍTULO X

Mas bien llegó tarde, en efecto. Cuando apareció en la terraza que daba a la playa, la lancha de las dos trances, las gemelas ya había llegado. Estaba junto al embarcadero, y nada menos que Luciano Cortez las estaba ayudando a amarrarla, mientras una de ellas sostenía en alto, riendo, un enorme grouper que debía pesar no menos de treinta y cinco libras, debido a lo cual sus esfuerzos resultaban muy graciosos y simpáticos. Casi en seguida la ayudó la otra. Luego, el acróbata felino se hizo cargo del mero y se dirigieron los tres hacia la terraza, riendo.

Parecía que iban a pasar sin verlo, pero Glenn no se resignó.

—Debí acompañarlo, Cortez: ha hecho usted una buena pesca.

—Oh, señor Nash... —sonrió el filipino—. ¿No es un magnífico ejemplar?

—¿Cuál de las dos? ¿No son iguales?

Las francesas fruncieron el ceño y Cortez quedo un poco cortado.

—Bueno..., me refería al mero, señor Nash...

—¿Qué mero?

—Emm... Bien... Yo le calculo unas cuarenta libras... Es imposible que usted no lo esté viendo, señor Nash.

—¿Por qué no me lo cuenta? Seguro que le encantará hacerlo, con un buen martini delante.

—Oh, sí, encantado...

—Okay. Pediré cuatro martinis...

—Dos, señor Nash —dijo Monique, o quizá Desirée— Nosotras no bebemos martinis.

—¡Pero si son estupendos...! ¿Por qué no beben?

—Porque los peces no bebemos, señor Nash. Buenas tardes.

Dieron la vuelta, alejándose con un graciosísimo caminar de muñequitas. Nash parpadeó y desvió la mirada hacia Cortez.

—Decidido: hoy no es mi día.

—Parece que no les ha gustado que usted las confundiese con mi pesca. Quiero decir...

—Lo entiendo, lo entiendo. Enhorabuena, señor Cortez. Es un hermoso ejemplar.

—Oh, sí, sí... Verá, cuando noté la picada...

—¿Va a contarme eso ahora?

—Pues usted..., usted me ha dicho que con un buen martini delante... Mmm... Me pareció que me invitaba a tomar uno mientras le contaba...

—Fue un error. En realidad, tengo un sueño espantoso... Quizá nos veamos más tarde.

—Bueno... Sí... Sí, claro...

—Pues hasta luego, señor Cortez.

—Hasta..., hasta luego.

Glenn se alejó, dejando al filipino estupefacto junto a la mesita de la terraza, balanceando el hermoso ejemplar de mero, sin que, al parecer, estuviese muy convencido de lo que debía hacer.

CAPÍTULO XI

El

g-man

entró a toda prisa en su *suite*, corrió hacia el dormitorio, sacó la maleta del armario y, del doble tondo de aquélla, un pequeño receptor a pilas, que puso en marcha inmediatamente, dejándose caer en la cama, con el pequeño aparato sobre su vientre.

Oía pisadas, taconeo femenino. Luego, las dos francesitas debieron descalzarse, porque ya no oyó nada hasta unos segundos después:

—¿Qué opinas de él? —preguntó una en francés.

—Es guapo —dijo la otra.

Glenn Nash sonrió. Naturalmente, se estaban refiriendo a él. Y, desde luego, podían hablar cuanto quisieran en francés, porque él se iba a enterar de todo. Eso, mientras ellas no descubrieran los dos pequeñísimos micrófonos que había colocado en su *suite*...

—Sí... Es guapo. Pero un poco cretino, ¿verdad?

La sonrisa de Nash se esfumó; frunció el ceño resentido.

—Es americano... —replico la otra—. Hay que disculparlo. Los americanos no dan más de sí respecto a su... sistema para tratar a las mujeres.

—Las americanas no se quejan.

—Tampoco nosotras nos quejamos de los franceses.

Se oyó una doble risita por el receptor, que hizo fruncir aún más el ceño a Glenn Nash. Oyó unas cuantas palabras más, pero no pudo entenderlas... Casi en seguida oía el fuerte rumor de la ducha abierta a toda presión. Una buena idea habría sido instalar un circuito cerrado de televisión en el cuarto de baño...

Dejó de oírse el rumor del agua.

Y se oyó:

—¿Te has preocupado de los pasajes?

—Todavía no. Es mejor que esperemos hasta tener la seguridad de que podremos marcharnos mañana. Además, yo no creo que el sistema americano de contraespionaje sea tan... poco eficaz. Siempre pueden surgir contratiempos. ¿Por qué dejar saber a nadie que pensamos marcharnos mañana a Niza?

—Quizá tengas razón... ¿Cómo está la ducha?

—Maravillosa... Monique: ¿no estás preocupada?

—Un poco. Nos está presionando demasiado, y nosotras nos encontramos con que no podemos entregarle lo que pide. Son cincuenta millones de francos... parece que esta vez Platt nos está fallando. Mucho me temo que las cosas no vayan demasiado bien. Los americanos no sirven para estas cosas. Son algo cuando están respaldados por un sólido organismo, como la CIA. Pero no valen gran cosa cuando se dedican a este trabajo de un modo particular, como hace Platt.

—Pues él asegura que ha tenido contactos con la MVD y que les ha vendido algunas cosas. ¡La MVD...! Eso da cierta categoría, ¿no te parece?

—No lo sé. Lo que sí puedo asegurarte... Han llamado.

En efecto. Hasta Glenn, por medio del receptor, había llegado también el zumbido de un timbre. Le pareció oír el rumor de la puerta al ser abierta. Luego, unas pisadas que en modo alguno podían corresponder a ninguna de las gemelas francesas.

Y casi en seguida, la voz de un hombre, también en francés:

—¿Nada? —preguntó el hombre.

—Nada —dijo una gemela—. ¿Por qué se empeña en preguntarnos a nosotras, Platt? Es usted quien debería saber qué ha sido de su hombre, ¿no cree?

—Nunca me había ocurrido esto con Slim... Siempre ha sido muy efectivo. Y muy discreto.

—Pues esta vez lo está siendo tanto que ni usted mismo sabe lo que ha ocurrido. Desde luego, la chica llamada Amanda Taylor no ha sido vista en el hotel desde anoche. Quizá se esté alarmando sin motivo.

—¡Sin motivo...! Es muy fácil para ustedes estar tranquilas; por mi parte, en aquella casa estoy como sobre un volcán. El profesor

Parker parece no poco ingenuo, pero su carácter es firmísimo. No me dirá nada hasta el momento de abordar el petrolero.

—Oblíguele.

—Dudo que consiguiera gran cosa. Por el contrario quizá lo estropearía todo.

—Usted es quien tiene que decidir, Platt. Nosotras tenemos a su disposición quinientos mil dólares. Pero claro, no se los entregaremos hasta que usted nos entregue la formula... ¿Todavía no sabe qué clase de descubrimiento estamos... negociando?

—Todo lo que sé es que se llama

W. O. F.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé. El profesor Parker se limita a sonreír cuando le pregunto... Me han dado ganas más de una vez de destrozarle esa sonrisa a golpes, pero...

—Serenidad, señor Platt —rió una de las gemelas— O eso, o hacer las cosas por la tremenda. ¿Ha pensado en ello?

—Desde luego. Pero no me parece inteligente eso... Y no me atrevo a tomar iniciativas precipitadas en tanto no aparezca Slim Clayton. O quizá debería actuar con rapidez precisamente por eso... ¿Realmente tienen aquí los quinientos mil dólares?

—¿Aquí? —rió una francesita—. ¿Se refiere a la *suite*?

—Claro...

—¡Por favor, Platt...! ¿Por quién nos toma? Hace un par de años tuvimos contacto ocasionalmente y desde entonces digamos que nuestra amistad se ha mantenido. Pero ni nuestra amistad es excesiva hacia ningún colega, ni somos tontas. Usted traiga esa fórmula y tendrá los quinientos mil dólares. Respecto a la americana llamada Amanda Taylor, sería conveniente que se asegurase de que ha muerto. Eso fue un fallo de usted, Platt, de modo que queremos que lo solucione. Mi hermana y yo estamos acostumbradas a trabajar bajo vigilancia. Si un negocio se ha de abandonar, se abandona. Pero nada de riesgos. De modo que si mañana no se ha solucionado nada, nos volveremos a Francia. Siempre habrá otro negocio que nos permita ganar algunos millones de francos.

—Bien... El petrolero de la Fallon Petroleum llegará a Kay West esta noche, seguramente a primeras horas. En cuanto Edmund

Parker decida ir a él, tomara una decisión, tendrá que darme algunas explicaciones... Entonces será el momento de trabajar en serio. Les traeré esa fórmula tan pronto esté en mi poder. ¿Regresarán a Francia con ella?

—Eso no es cuenta suya, Platt. Usted vende, nosotras compramos y asunto liquidado.

—Claro... No sé... Parker ha hecho algunas alusiones respecto a ella... Creo que sé lo que significan las letras

W. O. F.

—¿Qué significan?

—Parece una tontería... Desde luego, está relacionado con el petróleo, ya que Parker buscó precisamente a un importante petrolero para venderle su invento de un modo particular. Está relacionado con el petróleo, sin duda... Si no, ahí tenemos ese petrolero, cargado con cien mil toneladas, navegando hacia la punta sur de Florida...

—¿Qué significa las letras

W. O. F.?

—Yo diría que... Agua De Fuego.

—¿Cómo?

—Agua de fuego... En inglés, *Water Of Fire*. Si toma las iniciales de cada una de estas tres palabras en inglés, obtendrá

W. O. F.

—Agua de fuego... ¿No es eso una tontería, Platt?

—Lo parece —murmuró Leonard Platt—. Admito que lo parece.

Hubo un breve silencio. Pero suficiente para que Glenn Nash se amoscara y alzase el aparato, dispuesto a localizar una posible falla. No había fallos. Apenas lo había alzado de su estómago se oyó de nuevo la voz de una de las chicas.

—Sin embargo... —susurró—. Sin embargo, parece que agua de fuego se puede relacionar de un modo u otro con el petrolero. ¿Está seguro de que Roscoe Fallon no sabía nada sobre

W. O. F.?

—Segurísimo. Podía sospechar antes de ver a Parker. Pero después de hablar con él, sé que no ha informado a nadie sobre su descubrimiento. Roscoe Fallon viajó desde Texas a Florida a ciegas, sin saber a ciencia cierta lo que se le ofrecía, aunque es fácil comprender que le interesó. En cuanto a mí mismo les diré que

tenía bajo observación a Edmund Parker y supe que requería la presencia de Roscoe Fallon. No fue difícil interceptarlo y ocupar su lugar. Espero que todo el trabajo que mis hombres y yo estamos desarrollando desde que nos dedicamos a Edmund Parker dé unos dividendos sustanciosos.

—Medio millón de dólares no está nada mal, Platt.

—Puede que

W. O. F.

valga más.

—Y puede que valga mucho menos. Los dos nos arriesgamos. Usted, a vender por quinientos mil dólares algo que puede valer mucho más; nosotras, a comprar por ese precio algo que puede valer diez o veinte mil dólares...

—También se arriesga el comprador de ustedes, ¿no?

Las gemelas no contestaron. Se oyó de nuevo la voz de Platt, tras unos segundos de embarazoso silencio.

—Bien... Creo que debo marcharme ya. Las avisaré en cuanto disponga de esa fórmula.

—Y ocúpese de localizar a ese Slim Clayton: queremos estar tranquilas, Platt.

—Sí. Ya les diré algo.

Se oyó poco después el ruido de la puerta.

Luego, la voz de una de las francesitas:

—Agua de fuego... ¿Qué opinas, Desirée?

—¿Qué nos importa a nosotras lo que sea eso? Lo compramos por quinientos mil dólares, lo vendemos por un millón, o sea, cinco millones de francos fuertes, y... ¡a vivir!

—Casi podríamos retirarnos después de esto, tenemos el suficiente dinero para vivir como reinas.

—Sí... Lo he pensado, querida... La verdad es que estoy un poco fatigada de esta continua tensión. Si esto sale bien, tendremos que pensar en retirarnos. Al fin y al cabo, si volviésemos a necesitar dinero, sabemos muy bien cómo ganarlo... ¿Vamos a almorzar?

CAPÍTULO XII

—Luego regresaron y durmieron la siesta. Hacia las seis aparecieron en el vestíbulo, muy elegantes, y se dedicaron a dar un paseo por Collins Avenue; estuvieron en el Miami Beach Flamingo Park. Eso es todo. Y como se acercaba la hora de venir aquí, las deje en manos de Martin.

—Dos chicas interesantes —musitó Gordon—. Y, evidentemente, están relacionadas con Leonard Platt. El las vende la fórmula de W. O. F.

y, según parece, ellas la venderán a su vez a alguien. Agua de fuego... ¿Qué demonios debe ser eso?

—Esperemos que no sea *whisky* —sonrió Glenn—. Estaría bueno que nos encontrásemos en las manos un contrabando de *whisky* para los indios rebeldes.

La broma no le sentó demasiado bien a Gordon.

—Será mejor que vayas a ver a la señorita Taylor.

—Puesto que ya es de noche, me pregunto qué estás esperando. Y... si te es posible, Glenn, juega sucio con ella. Esa chica nos está complicando la vida.

—Lo intentaré. Pero es lista... No creo que me diga antes del momento justo lo que nos interesa. Apuesto a que ya ha sospechado que si lo hiciera la quitaría del asunto con un golpecito. ¿Cree que me guarda mucho rencor por el que le di antes?

—Ve a preguntárselo —sugirió Gordon.

—Buena idea. Hasta luego... ¿Está preparando el equipo que pedí?

—Pasa a recogerlo cuando te vayas.

—Bien.

Glenn Nash abandonó el despacho del jefe de la Delegación del

FBI en Miami. Un par de minutos después entraba en el cuarto donde Amanda Taylor permanecía «invitada». La muchacha se puso en pie inmediatamente y se quedó mirándolo expectante.

—¿Qué...?

—Iremos los dos —musitó Nash—. Pero quiero que lo piense bien, Amanda. Y estoy hablando en serio.

—Quiero ir allá. Quizá la primera vez tuve suerte, tan sólo... Y quiero convencerme de si sirvo o no sirvo para este trabajo, señor Nash.

—No sea loca... A la larga, todos los que nos especializamos en el espionaje acabamos con un balazo en las tripas, o una cuchillada en los riñones. Recapacite, Amanda.

—Lo he pensado muy bien. Quiero ir.

Glenn Nash asintió seriamente.

—De acuerdo. En marcha. Tenemos que pasar a recoger cierto equipo que encargué.

CAPÍTULO XIII

El Profesor Edmund Parker vivía exactamente en el 612 de la West 4th Avenue, en Hialeah, uno de los más bonitos barrios de la ciudad de Miami. A la casa se podía llegar por la West 20th Street, o bien por el canal que descendía hacia el Miami Canal, el cual a su vez, tras cruzar toda Miami, desembocaba en Biscayne Bay con el nombre de Miami River.

Pero como Edmund Parker no parecía aficionado a la navegación, ni siquiera tenía lancha, al parecer. Y así, la vigilancia del FBI estaba centrada en la calle, en las posibilidades de movimiento por tierra firme de los ocupantes de aquella casa.

Glenn Nash había detenido el coche una manzana antes de llegar a la vista de la casa, y había recurrido a la radio de bolsillo, llamando al compañero que dirigía la vigilancia en torno a la casa.

—¿Algo nuevo, Forbes?

—Nada. Esa gente sigue ahí, Glenn: el profesor Parker, el pelirrojo que resulta no ser Roscoe Fallon y sí Leonard Platt y los dos tipos de mala catadura. Todo tranquilo.

—Seguid atentos. Vamos a ver si conseguimos entrar. Manteneros a buena distancia ahora. Si ocurre algo, llamaré por la radio. Tan sólo que oigáis la llamada, acudir. ¿Okay?

—Okay, Glenn.

Éste se apeó, recogió una bolsa de lona del asiento trasero y se quedó mirando a Amanda, que se había vuelto para observarlo.

—Vamos ya, cabezota —masculló el g-man.

Amanda se apresuró a salir del coche. Miraba con curiosidad la bolsa de lona que Nash transportaba, pero se retuvo de preguntar qué contenía.

Caminaron hasta llegar a unas treinta yardas de la casa. La iluminación era buena en la calle Veinte Oeste, pero había muchos árboles que creaban unas zonas de sombra muy conveniente. Bajo una de esas sombras, el

g-man

se dedicó a mirar hacia la casa con unos prismáticos que sacó de la bolsa de lona.

—Parece que sólo hay luz en el *living*. Esperemos que todos estén ahí reunidos.

—Sería conveniente, porque para entrar al laboratorio...

Glenn le dirigió una hosca mirada.

—Sabemos dónde está el laboratorio, señorita Taylor. El FBI también tiene sus recursos. Cuando todo termine, haremos un concurso, a ver quién conoce mejor esa casa, usted o yo. De momento, tenemos que entrar al jardín por un lado, rodear la casa hacia atrás y entrar en el laboratorio por la puerta que da al solarío... ¿Es correcto?

—Sí.

—Pues vamos allá. Y no lo olvide: en cuanto entremos en ese laboratorio, todo lo que tiene que hacer usted es abrir esa caja camuflada, sacar la fórmula y permanecer calladita. Yo haré lo demás.

—Está bien.

Se dirigieron hacia la lateral del jardín. Había un estrecho pasillo de tierra, con abundante hierba, que separaba la casa de Edmund Parker de la de su vecino Luego, cada uno tenía, como límite, una vallita blanca de apenas tres pies de altura, que fue fácilmente salvada por el

g-man

y la muchacha. Ésta parecía dispuesta a dirigirse directamente hacia la parte de atrás, pero Glenn la cogió de un brazo y la hizo sentarse a la sombra de un copudo castaño, a menos de veinte yardas del gran ventanal del *living*.

Glenn Nash metió la mano en su bolsa de lona, sacó una cajita metálica y de ella un dardo, que entregó en silencio a Amanda. Luego sacó tres tubos, de unas ocho pulgadas cada uno: los enroscó, formando así uno solo de veinticuatro pulgadas, y acopló un pequeño culatín en uno del extremo. Introdujo por el otro extremo

el dardo que había hecho sostener a Amanda. Luego se apoyó el tubo en el hombro derecho, igual que si estuviera manejando un rifle. Apuntó hacia la casa, apretó un botoncito lateral y se oyó un suave zumbido; tan suave, que si Amanda Taylor hubiese estado tan sólo una yarda más alejada del

g-man

no lo habría oído.

Inmediatamente, Nash desenroscó los tres tubos, los guardó y sacó un aparato metálico no más grande que un paquete de cigarrillos largos. Alzó una delgada tapa, movió un dial y, en el acto, se oyó la voz de un hombre:

—... tanta impaciencia, señor Fallon.

—Me parece absurdo estar esperando tanto tiempo, eso es todo. Al fin y al cabo, usted quiere venderme esa fórmula, ¿no es cierto?

—Sin duda. Pero haré algo más que enseñarle la fórmula. Primero le haré una demostración. Luego hablaremos de las condiciones. Quiero que usted esté bien convencido de que no está tratando con un... loco.

—En ningún momento se me ha ocurrido eso, profesor. Mis deseos de examinar esa fórmula de

W. O. F.

obedecen simplemente a curiosidad... O, mejor aún, a impaciencia. Puedo saber, al menos, ¿en qué va a consistir esa demostración?

—Lo sabrá cuando abordemos su petrolero.

—Bien... Ese petrolero debe estar ya muy cerca de Kay West. Podríamos conseguir una lancha, ir allá esta misma noche y efectuar esa demostración... ¿O hay alguna dificultad de transporte de alguna cosa...?

—No, no... Para esas cien mil toneladas bastará un solo galón.

—Un solo galón..., ¿de qué?

—De

W. O. F.,

naturalmente.

—Bien, bien... ¿Qué ocurrirá con ese galón de

W. O. F.?

—Pues... Ya lo verá, señor Fallon. Mire, llevamos casi dos días encerrados todos aquí, señor Fallon. No creo que ahora venga de unas cuantas horas más.

—Dígame, al menos...

Glenn Nash cerró el receptor y señaló hacia la parte de atrás de la casa. Amanda se quedó mirándolo incrédulamente.

—¿Por qué corta la recepción? —musitó—. Seguramente nos enteraríamos de algo...

—De nada. Está claro que Edmund Parker no piensa soltar prenda. Si permanecemos aquí, sólo vamos a oír una larga conversación sobre lo mismo: Platt insistiendo y Parker negando. Y no tenemos tiempo para perder en esas tonterías.

Se deslizó hacia el solarío, siempre seguido de Amanda Taylor, y buscando ambos las sombras. En pocos segundos se encontraron ante la puerta que desde el solarío daba directamente al laboratorio de Edmund Parker. Estaba cerrada, lo cual era de esperar. Glenn utilizó un juego de ganzúas, probando hasta encontrar la que parecía encajar mejor. La introdujo en la cerradura, estuvo hurgando en ella durante menos de un minuto y la puerta quedó abierta.

—Yo tardé casi cinco minu...

—Ssst.

Amanda entró primero. Glenn cerró la puerta y en seguida de su mano brotó una delgada raya de luz, que fue pasando sobre estanterías llenas de botellas, trozos de mineral, probetas, tubos de ensayo... En el centro había una mesa estrecha y alargada, también llena de frascos de diversos tamaños y formas...

Amanda cogió la mano del

g-man

y la movió hacia la derecha, hasta que la luz dio en una de las estanterías.

—Es allí —susurró.

Se deslizaron hasta aquella estantería. Cuando la hubo examinado todo lo bien que permitía la delgada raya de luz, Nash sonrió irónicamente. Desde luego no hacía falta ser un espía de la categoría genial para comprender que tras aquella estantería había algo. Las botellas eran grandes, así como los demás recipientes de cristal. Contenían no poco polvo y estaba claro que hacía mucho tiempo que no se utilizaban. ¿Era posible que Leonard Platt, que parecía un espía profesional, no se hubiera percatado de ello?

Amanda estaba tirando hacía ella de la estantería. Primero lo

hizo suavemente. Luego, con más fuerza. Finalmente dio tal tirón que se oyó el cristalino choque de los recipientes.

—¿Qué hace? —masculló Glenn.

—No..., no puedo abrirla... La otra vez se abrió en seguida...

—Apártese. Y sostenga la linterna.

Dio él un suave tirón a la estantería, pero, en efecto, ésta parecía estar clavada en la pared. De nuevo recurrió Glenn a su bolsa de lona. Sacó una varilla de acero, de unas quince pulgadas de largo, finísima, achatada. En un extremo había un mango de porcelana, con un orificio en la punta. El agente del FBI introdujo la fina hoja de acero entre los dos paneles de madera, hasta el fondo; luego fue bajando la mano, hasta que le pareció oír un ruido metálico; alzó la varilla y la dejó caer con algo de fuerza. Entonces se oyó claramente el sonido de hierro golpeado.

—Sostenga esto tal como está.

Amanda obedeció. Y siempre de la bolsa de lona, Glenn Nash sacó una diminuta batería de potencia concentrada. Conectó al mango de porcelana la clavija que pendía de la batería, por el orificio de la punta. Se hizo cargo de todo aquello, apretando un botoncito situado en un ángulo de la batería. Inmediatamente, entre los dos paneles de madera, al fondo, se vio un resplandor azulado, que duró apenas veinte segundos. Después de esto, la varilla metálica manejada por Nash no encontró obstáculo en su recorrido de arriba abajo y viceversa por entre los dos paneles.

Y entonces, un suave tirón bastó para que la estantería se moviese hacia delante.

—Ahí..., ahí está la caja...

—Muy bien. Ábrala.

Entraba una leve claridad azul-negra por las ventanas del laboratorio. Amanda se dedicó a manipular en el resorte de la caja, mientras Glenn recogía rápidamente los instrumentos que había utilizado. Ya comprendía por qué Leonard Platt no había conseguido los planos, o la fórmula de

W. O. F.:

Parker tenía cerrado aquello, y si Platt lo forzaba de un modo u otro, el científico se habría dado cuenta, con lo cual las cosas se habrían complicado... O sea, precisamente lo que no quería Leonard Platt, el falso Roscoe Fallon.

En cuanto a Amanda Taylor, una cosa era evidente: cuando ella entró en aquella casa, Edmund Parker estaba solo en ella, de tal modo que no temía nada. Y así era posible que aquella noche se hubiera olvidado de cerrar el mecanismo que fijaba la estantería a la pared. Pura suerte por parte de la muchacha. Suerte que no había tenido Leonard Platt, ya que Parker, en cuanto se vio con gente extraña en la casa, lo primero que debió hacer fue asegurarse de que su secreto estaba bien protegido...

—¿Qué pasa? —musitó de pronto—. ¿Abre o no abre esa caja?

—No..., no puedo... Algo ocurre. La otra vez fue... más fácil. Sólo tuve que..., que mover el disco y...

De buena gana, Glenn se habría echado a reír. La cosa quedaba ahora completamente clara, confirmando sus pensamientos anteriores: no sólo había dejado Parker la estantería sin cerrar, sino que posiblemente cerró la caja fuerte sólo con el pestillo, sin la combinación. Y así había dado lugar a que una aprendiz de espía se creyera dotada de unas facultades que no tenía.

—Déjeme probar a mí.

Aplicó el oído a la puerta metálica, mientras los dedos de su mano derecha tocaban apenas el disco, moviéndolo de derecha a izquierda. Muy lejanas, amortiguadas, se oía las voces, procedentes del *living*. Desde luego no se podía entender lo que hablaban, de modo que Amanda decidió enterarse por medio del receptor. El que hablaba era Platt:

—... alquilar un helicóptero. Llegaríamos en menos de...

—¿Pero qué demonios hace? —masculló sordamente Glenn—. ¡Necesito el máximo silencio ahora!

En aquel momento se oía, por el receptor, el timbre de un teléfono. Pero Amanda, sobresaltada, cerró la audición.

CAPÍTULO XIV

Leonard Platt se calló bruscamente y se quedó mirando el teléfono, hacia el cual se dirigía ya Edmund Parker.

—Recuerde, profesor: a menos que sea alguien de mi compañía, usted no me ha visto.

—Lo sé bien, señor Fallon. Yo también quiero la máxima discreción en todo esto. Incluso más que usted, que ha mencionado su nombre a alguno de mis vecinos.

—Oh, bueno, me pareció que por cortesía hacia usted...

Parker había descolgado ya el teléfono. Era un hombre de algo más de cincuenta años, más bien bajo, ligeramente grueso, un tanto calvo; la expresión de sus ojos era inteligente y viva, y había en su rostro gordito una expresión de buen humor. Parecía encontrarse muy a sus anchas vistiendo en todo momento una bata blanca manchada de ácidos y otras sustancias.

—Es para usted —dijo.

Leonard Platt se quedó mirando el auricular que Parker le tendía, reprimiendo su tensión.

—¿De Texas? —musitó.

—No... De Miami... Una mujer que dice llamarse Monique.

Platt se precipitó hacia el teléfono, un poco denodado. Algo tenía que estar ocurriendo para que una de las gemelas francesas le llamase allí.

—Soy Fallon —musitó—. ¿Es usted, Monique?

—...

—Sí... Bien, diga qué ocurre...

—...

—¡No! —Palideció el falso Roscoe Fallon.

—...

—Pero... no..., no es posible...

—...

—Lo entiendo, lo entiendo... ¿Saben quién ha sido?

—...

—¡Pero no pueden marcharse ahora! ¡Estamos a punto de conseguirlo!

—...

—¡Yo no tengo la culpa de ese riesgo inesperado!

—...

—Bueno Está bien; quizá no sea tan inesperado, después de la desaparición de Slim Clayton y la chica aquélla... Escuche, Monique, no podemos abandonar el asunto ahora...

—¿...?

—¡Claro que tiene que haber una solución! ¿Tienen el dinero a mano? ¿Pueden disponer de él inmediatamente?

—...

—¡Magnífico! Hagamos el último intento: vengan con él a la casa de Edmund Parker... Ya saben dónde está. Traigan el dinero y yo les entregaré la fórmula. Luego les prometo ayudarlas a escapar de Estados Unidos...

—¿...?

—¡Adonde ustedes quieran! ¡Tengo un avión en el aeropuerto que las llevará adonde ustedes deseen! México, Cuba, las Bahamas, cualquier punto de América Central... ¿Qué dicen?

—...

—¡No habrá fallos esta vez! ¡Tendré esa fórmula dentro de un par de minutos! Mi coche las llevará al aeropuerto, con uno de mis hombres que está aquí, que es mi piloto...

—...

—¿Qué demonios de juego sucio? —estalló Platt—. Todos estamos metidos en esto por negocio y conveniencia y podemos encontrarnos muchas veces más para otros negocios... Yo quiero el dinero y ustedes la fórmula. ¿Creen que voy a jugar sucio por un solo negocio de quinientos mil dólares?

—...

—¡Bien! Las espero.

Colgó y se quedó mirando fríamente a Edmund Parker, el cual estaba sumamente desconcertado.

—Ya lo ha oído, profesor. Necesito esa fórmula ahora.

—Un momento, señor Fallon. Estamos...

—No me llamo Roscoe Fallon, señor Parker.

—Pero...

—Mi nombre es otro. El auténtico Roscoe Fallon está ahora en el fondo de un pantano de Los Everglades, con su avión y su piloto.

—Dios mío... No..., no comprendo... ¿Quién es usted?

—No le será de ninguna utilidad saberlo. De modo...

Edmund Parker señaló a los dos silenciosos, sombríos individuos que continuaban bebiendo *whisky*, tranquilamente sentados en sendos sillones. Ahora lo miraban fijamente sin expresión alguna.

—¿Quiénes..., quiénes son estos dos...?

—Amigos míos, naturalmente. Éramos cuatro, pero uno ha desaparecido... He sido un estúpido: debí hacer esto en cuanto Slim dejó de comunicar con nosotros. Algo debió pasar con él y con la chica...

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó uno de los hombres.

—Esas chicas francesas han encontrado un micrófono en su *suite*.

—¡Un micrófono!

—Sí... Eso tiene que estar relacionado con la desaparición de Slim y de aquella muchacha llamada Amanda Taylor.

—¿Crees que ella puede ser de la CIA, que eliminó a Slim...?

—No sé.

—Pero..., pero ¿de qué están... hablando ustedes? —tartamudeó Parker.

—Se lo diré en pocas palabras, profesor. Hace algún tiempo supe que usted andaba en algo importante, de modo que me dediqué a vigilarlo. Y cuando más en serio lo estaba haciendo supe que esperaba la visita de Roscoe Fallon, de modo que me interesé por él, en Texas, y supe que preparaba un vuelo privado para visitarle a usted. De modo que le salí al paso, lo maté y me vine aquí a ocupar su puesto, a fin de conseguir esa fórmula de usted. Pero, mientras tanto, una muchacha, que, según parece, se llama Amanda Taylor, se dedicaba también a vigilarlo a usted. O quizá a mí, lo cual aún me molestaba más. Ella me vio en un hotel de Miami Beach conversando con dos mujeres, y se alojó en ese hotel, dispuesta a vigilarlas, naturalmente. Entonces yo envié a uno de mis hombres a buscarla, para eliminarla después de preguntarle algunas cosas.

Pero ese hombre no ha regresado, no sé nada de él desde ayer. Ni de la chica llamada Amanda Taylor. A partir del momento en que perdí contacto con mi hombre, debí hacer esto: exigirle la fórmula. Pero he querido llevar demasiado lejos mi papel de Roscoe Fallon, y ahora me avisan esas dos mujeres que han encontrado un micrófono en su *suite*... Evidentemente, esto significa un gran peligro para ellas y para mí, de modo que tengo que huir rápidamente. ¿Está claro?

—No sé si...

—No quiero conversar ya más, profesor. Quiero la fórmula. Ya intenté microfotografiarla ayer, pero su estantería «secreta» estaba muy sólidamente cerrada, y no quise precipitar los acontecimientos. Ahora, lamentándolo, ya no puedo esperar más. Vamos a por esa fórmula, profesor. Andando.

Leonard Platt se dirigió hacia la puerta del *living*, pero se volvió al no oír tras él a Edmund Parker. Lo vio erguido en el mismo sitio, fruncido el ceño, resuelta la expresión.

—¿Qué ocurre? —Gruñó Platt.

—No pienso entregarle esa fórmula a usted, Fallon... o como se llame.

—Temo que no me ha comprendido, profesor —musitó Platt—: no le estoy pidiendo la fórmula. Se la estoy exigiendo.

—No se la entregaré.

—Oh, vamos, no sea estúpido... Estoy intentando hacer las cosas de un modo... amable. En realidad, tendría que matarlo, ir allá, reventar su estantería «secreta» y su anticuada caja fuerte y tomar esa fórmula. Pero, además de querer evitarle un mal rato, tengo prisa. Por tanto, usted abrirá esa caja fuerte ahora mismo.

—No la abriré, señor Fallon.

Leonard Platt ladeó la cabeza, entornó los ojos y una dura mueca apareció en sus labios.

—Jerry, Malcolm: convencedlo.

Los dos hombres acabaron tranquilamente el *whisky* y se pusieron en pie. Jerry se adelantó hacia el profesor Parker, mientras Malcolm, sujetando fuertemente el vaso por su base, lo golpeaba por el borde contra el canto de la mesita, dejándolo convertido en un pavoroso puñal circular.

Edmund Parker fue retrocediendo a medida que Jerry se

acercaba a él. Pero, finalmente, la pared le impidió continuar haciéndolo. Y Jerry llegó ante él. En el acto, sin más preámbulos, le hundió el puño derecho en el estómago, salvajemente. Parker lanzó un profundo gemido y se inclinó violentamente hacia delante. Un gancho terrible en la barbilla lo enderezó, tirándolo contra la pared. Rebotó con fuerza y Jerry lo asió por la bata, lo enderezó y, cuando estaba a punto de volver a golpearlo, Parker, con los ojos en blanco, quedó colgando de la mano del hercúleo Jerry.

—Despertadlo —gruñó Platt, disgustado—. Y no le peguéis tan fuerte. Es muy flojo.

CAPÍTULO XV

Empapado el rostro de sudor, Glenn Nash se apartó de la caja por fin. Se secó las manos, también sudorosas, en el pantalón y asió el disco, tirando de él...

La gruesa compuerta de acero cedió y el g-man, tras una contenida exclamación, recurrió de nuevo a su bolsa de lona, apartando casi rudamente a la petrificada Amanda.

Sacó una linterna grande y un estuche metálico, de una pulgada de grueso y tres de lado. Entregó la linterna a Amanda y luego empezó a sacar papeles del interior de la caja. Con la linterna pequeña fue examinándolos rápidamente y seleccionando aquéllos en cuyo ángulo superior izquierdo se leía la sigla

W. O. F.

Se aseguró de que no quedaba en la caja nada que le interesara. Entonces apiló bien los papeles que contenían la fórmula de W. O. F.

en el suelo y se arrodilló ante ellos.

—Luz —masculló.

Amanda se arrodilló a su lado, hecha un lío con la linterna, el receptor y sus propias manos.

—Deje el receptor en el suelo. Ahora sí podemos oír algo de lo que estén hablando.

Amanda puso en marcha el aparato, de modo que pudo atender bien el manejo de la linterna. La encendió, dirigiendo la intensísima luz hacia el primero de los papeles. Glenn Nash tomó la primera fotografía, pasó el papel y tomó la segunda. Pasó este papel..., y se quedó mirando el receptor, cerca de una de sus rodillas. Iba a decir algo, pero vio que estaba funcionando. Lo que ocurría,

simplemente, era que no se oía nada... ¿Qué debía estar ocurriendo en el *living*?

CAPÍTULO XVI

Edmund Parker despertó bajo la rociada de *whisky* en pleno rostro. Abrió los ojos y, antes de volverlos a cerrar rápidamente intentando salvarlos del escozor del *whisky*, pudo ver, a menos de cuatro pulgadas, el borde del vaso roto por Malcolm...

—Sea sensato, profesor —oyó la voz de Roscoe Fallon—. Vamos a concederle solamente un minuto. Si en ese tiempo no se decide abrir la caja, Malcolm le va a sacar un ojo con ese vaso. Luego, el otro... No estamos bromeando, se lo aseguro.

—Yo... abriré la caja, sí...

—¡Bien! Vamos, vamos... ¡Manos a la obra! ¡Al laboratorio!

Jerry puso en pie a Parker de un tirón. El científico se secó el rostro con la bata y pudo abrir los ojos, al fin. Malcolm seguía ante él, mirándolo ceñudamente, como decepcionado por no haber podido reventarle un ojo con las agudas puntas de cristal.

Salieron los cuatro del *living*, al corto pasillo que llevaba a los dormitorios por un lado, y, en el trecho más largo, hacia el fondo de la casa, donde estaba la cocina y el laboratorio. Jerry empujó a Parker, demostrando claramente que la prisa era auténtica, y el científico, convencido de que su única probabilidad de escapar con vida de aquello era obedecer, caminó más de prisa hacia el laboratorio.

Fue el primero en entrar. Encendió la luz y, siempre seguido por los tres hombres, caminó hacia la estantería tras la cual estaba la caja fuerte. Apretó un travesaño de la estantería contigua, pero la primera no se abrió. Entonces tiró de ella, simplemente, no sin evidenciar su perplejidad.

—Está abierta... Ustedes han..., han estado tocando; esto...

—No hemos tocado nada... ¿Qué mira ahora? ¡Abra la caja!

Parker estaba mirando el pestillo interior, que se veía limpiamente partido, como cortado, de tal modo que no era posible que la estantería quedase fijada en la pared...

—Alguien..., alguien ha estado aquí y..., y ha abierto esto...

—¿Está seguro?

—Claro... Deben haber empleado...

—¡Abra la caja inmediatamente!

Edmund Parker obedeció. La caja estaba bien, no se veían señales de violencia en ella. Pero estaba convencido de que dentro no estarían sus papeles. Los sacó de un tirón, casi gritando de miedo y alegría.

—Aquí..., aquí están...

—¿Acaso le sorprende?

—No, no... No sé... Me pareció que... Claro que el pestillo puede haberse roto...

Debía ser así, sin duda. Leonard Platt le quito los papeles de un manotazo y los miró, frunció el ceño.

—No entiendo nada de esto... ¿Están todos?

—Sí, todos...

—Muy bien. Cierre esto y volvamos al *living*. Mientras esperamos la llegada de mis amigas y colegas, usted va a explicarme qué es exactamente

W. O. F.

Quizá sus palabras me hagan comprender que medio millón de dólares por estas fórmulas es una miseria... Andando, Parker...

Apagaron la luz y regresaron al *living*. Platt miro su reloj, hizo un rápido cálculo de tiempo y frunció el ceño. Con un poco de la lógica prisa que las gemelas debían tener, ya casi deberían haber llegado. Saliendo de Miami Beach por Julia Tuttle Causeway llegaban a Miami empalmando directamente con Airport Expressway, y antes de llegar al aeropuerto, sólo tenían que desviarse hacia la derecha, para tomar Okeechobee Road, hacia arriba, hasta llegar a la West 4th Avenue, a una buena velocidad, sin obstáculos...

—Muy bien, profesor: ¿qué es exactamente

W. O. F.?

—Un... decolorante.

—¿Qué dice?

—Bueno... Es un... mezclador para petróleos.

—Mezclador para petróleos... ¿Qué clase de mezclador? ¿Qué utilidad tiene?

Vertiendo un galón de

W. O. F.

por cada cien mil toneladas de petróleo, éste se convierte en un líquido transparente e inodoro.

Leonard Platt quedó unos momentos con la boca abierta.

—¿Está... diciéndome que si vertemos un galón de

W. O. F.

en cien mil toneladas de petróleo éste se convierte... en agua?

—Parecería agua. Pero seguiría siendo petróleo. El

W. O. F.

es un líquido rojo, elaborado por mí según esas fórmulas que usted tiene. Mezclado con el petróleo le da la transparencia idéntica al agua. Pero eso, en sí, no es importante, ya que el petróleo refinado suele tener ya una buena escala de transparencia. Lo realmente importante del

W. O. F.

es que suprime radicalmente, a los pocos minutos de ser mezclado, todo el color del petróleo: no huele, no mancha, no ensucia las aguas...

—Creo que empiezo a comprender. Con su

W. O. F.

el petróleo sería una materia igualmente inflamable, pero transparente, sin olores... Digamos que un puerto, por sucio que estuviera de petróleo mezclado con

W. O. F.

presentaría unas aguas limpias, transparentes, inodoras... ¿Es eso, profesor?

—Exactamente eso es. Supongo que se da cuenta del beneficio... higiénico que eso representa.

—Sí, sí... Naturalmente. Vaya, demonios —Platt se acarició pensativamente la barbilla—: un petróleo sin ese intenso olor tan desagradable sería una buena cosa Y luego, todos los puertos del mundo podrían verse... limpios como playas de coral. No más olores nauseabundos, no más manchas de petróleo en las aguas...

Los petroleros no serían tan mal vistos... Pasarían por los

puertos sin dejar rastro: ni suciedad, ni olores pestilentes... ¿Sabe que su invento es bueno, Parker?, ha costado cuatro años de trabajo intenso.

Sí... Oh, lo entiendo... Una cosa así, ciertamente no se inventa en dos días. ¿Pensaba venderle el invento a Roscoe Fallon?

—Lo seleccioné cuidadosamente. Era un hombre joven, dinámico, sin excesivos socios en la Fallon Petroleum y pocos accionistas a los que dar cuenta de nada. No pensaba precisamente venderle el invento, sino llegar a un acuerdo con él.

—¿Qué clase de acuerdo?

—No sé... Esperaba que Roscoe Fallon fuera razonable y generoso. No tenía decidido nada todavía. Antes, quería demostrarle que no era una fantasía mía el invento de W. O. F.

—Entiendo que usted tiene ya ese líquido... o lo que sea.

—Tengo un galón, solamente. El producirlo de un modo particular es muy caro. En cambio, en unas refinerías ya en marcha su obtención industrial sería muy económica.

—Ya entiendo... Usted pensaba asociarse a Roscoe Fallon.

—Bueno... Más o menos. Aunque no soy demasiado ambicioso, señor Fallon... o como se llame. Lo cierto es que me he quedado sin un centavo detrás de

W. O. F.,

y confiaba en Roscoe Fallon para arreglar la situación.

—El invento es bueno —sonrió de pronto Platt—. Si yo fuera Roscoe Fallon, se lo compraría desde luego. Y a buen precio. Pero como no soy Roscoe Fallon, temo que se lo voy a robar, profesor. Una patente de esta clase daría millones de dólares al año, seguramente. ¿Dónde tiene ese galón de W O. F. que usted mismo ha fabricado?

—En el laboratorio. Está en un bidón pintado de blanco, sobre una estantería alta, a la derecha... ¿Qué piensan hacer con él?

—No sé... Usted, por supuesto, pensaba verter ese galón de su invento en el petróleo de Roscoe Fallon que se está acercando a Miami.

—Así es. Roscoe Fallon se habría convencido sin más detalles ni explicaciones científicas cuando viese convertido en agua su petróleo: sin color, sin olor...

—Buen sistema el suyo para convencer a las personas, profesor. Ve a buscar ese bidón, Malcolm.

Malcolm salió del *living*. Platt volvió a mirar su reloj y de nuevo frunció el ceño. ¿Qué ocurría con aquellas muchachas?

I Supongo que

W. O. F.

significa «agua de fuego», profesor.

—Desde luego. Es un doble significado: el líquido es rojo y, además, perfectamente combustible como es el petróleo.

—Bien...

Malcolm regresó con el bidón. Platt se procuró un vaso y vertió un chorrito en él. En efecto,

W. O. F.

era rojo, espeso... y con un olor que casi derribó de espaldas a Platt, con los ojos llenos de lágrimas, apresurándose a cerrar el bidón.

—¿Qué demonios es esto...? —exclamó—. ¡Tiene un olor de lo más nauseabundo que jamás he conocido!

—Cosas de la ciencia —encogió los hombros Platt.

—¿Qué..., qué piensa hacer conmigo ahora, señor Fallon...?

—Pues ya que lo pregunta... Bueno, yo voy a hacer lo mismo que usted. Nada de explicaciones. Lo mejor es siempre una demostración clara, concreta, definitiva. Vea, profesor...

Platt sacó su pistola del sobaco, arrancándola de la funda de presión lateral. En un segundo, el cilíndrico silenciador quedó apuntando al pecho de Edmund Parker, que se puso en pie de un salto, palidísimo, aterrado, desorbitados los ojos.

—¡No me...!

Plop. Plop. Plop.

CAPÍTULO XVII

Pareció que Amanda fuese a gritar, pero, por suerte, pudo controlarse y acabó mordiéndose los labios tan fuertemente que Nash estuvo convencido de que los vería sangrar.

—Cálmese —musitó—. No se mueva, Amanda.

—Lo..., lo ha..., lo ha matado...

—Eso parece.

—Y usted..., usted no hace nada...

—Me ha sorprendido a mí mismo. Si hubiese temido esa reacción tan precipitada en Platt ya habría intervenido. Ahora nada se puede hacer.

—Pero ese hombre...

Glenn se llevó un dedo a los labios. Estaba no poco alterado, porque, realmente, no había esperado que Leonard Platt tomase tan a la ligera y de pronto la decisión de matar a Edmund Parker. Había sido no inesperada aquella acción, sino anticipada a los cálculos del g-man.

Estaban en el jardín, tendidos bajo una planta de baladre, cuyo aroma no era romántico precisamente. Pero había sido el lugar más frondoso que Nash había encontrado relativamente cerca de la entrada a la casa por el laboratorio. Ya conocía aquella cerradura, que había cerrado antes de abandonar precipitadamente el laboratorio para que Platt y sus hombres no les encontrasen allí. Y conociendo aquella cerradura, no tenía por qué complicarse la vida buscando otra entrada...

—Ve a preparar el coche, Malcolm. En cuanto cobremos los quinientos mil dólares nos largaremos de aquí a toda prisa.

—¿Pero no teníamos que llevar a esas gemelas al aeropuerto?

—Les dejaremos el viejo coche de Parker. Ya se las arreglarán.

Además... No estoy seguro de venderles la fórmula de W. O. F.

por quinientos mil cochinos dólares.

—Pero ellas traerán el dinero...

—Así lo espero —se oyó la risa de Platt—. Anda, ve a preparar el coche. Yo tengo que pensar seriamente en este asunto... Ponme un dedo de *whisky*, Jerry.

Hubo unos instantes de silencio. La puerta delantera se abrió y salió uno de los hombres de Leonard Platt. Lo vieron claramente caminando hacia el garaje de Parker. Era tan pequeño que uno de los coches sobresalía de cola, sin permitir que la puerta se cerrase.

—Se van a marchar —musitó Amanda.

—Cállese de una vez, Amanda.

—Tenemos...

Se calló, porque del receptor brotaba nuevamente una voz. Debía ser la de Jerry:

—¿Qué hacemos con éste, Leonard?

—No sé... Seguramente lo dejaremos aquí mismo. Si esas chicas tenían un micrófono en su *suite*, está bien claro que las vigilan. Si las vigilan a ellas, tienen que conocerme a mí... No sé cómo es posible que todavía no me hayan atacado, pero pienso aprovecharme de ello. Esperaremos los quinientos mil dólares, y me parece que será conveniente marcharnos de Estados Unidos una temporada... Quizá a Europa. O a Brasil... Lo pensaré.

—Si esas chicas se llevan el avión, nos vamos a ver en dificultades para largarnos.

—Ya estoy pensando en ello. ¿Y de dónde sacas tú que ellas se van a llevar el avión?

Se oyó la risa de Jerry. Amanda miraba hacia la casa y a Glenn alternativamente. El

g-man

estaba en verdad sombrío y la muchacha comprendió que la fulminante muerte de Edmund Parker había sido un auténtico disgusto para el federal. Al mismo tiempo comprendía que, dadas las circunstancias, una actitud razonable y astuta era la de esperar. Si Platt estaba esperando quinientos mil dólares, no se iría de allí, no se movería. Y cuantos más llegasen a la casa, más quedarían encerrados en ésta a merced del FBI.

De pronto, en el silencio del jardín, se oyó un suavísimo zumbido. Glenn Nash se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, pero la retiró inmediatamente. Lo que tenía allí no era la radio, sino la cámara con la que había fotografiado la fórmula del W. O. F.

y que había guardado precipitadamente para escapar del laboratorio, rehuyendo, por el momento, el encuentro con Platt y sus hombres.

La radio estaba en la bolsa de lona. La sacó y admitió la llamada, cuando se oía el cuarto zumbido.

—Nash —dijo—. ¿Ocurre algo, Forbes?

—Un auto se va a detener muy pronto en... Ya está.

Se ha detenido cerca de la casa de Parker... Bajan dos chicas... ¡Las gemelas! ¡Son las gemelas, Glenn!

—Tranquilo. ¿Llega alguien más?

—No veo nada.

—¿Ningún otro coche, algún hombre, alguien...?

—No, no... Ellas solas... ¿Dónde estáis tú y esa chica?

—En el jardín, en la parte de atrás, un poco a la derecha. Dominamos la entrada de la casa y la parte frontal de la villa... ¡Ya veo a las gemelas! Naturalmente, se dirigen hacia la casa...

—¿Qué hacemos, Glenn?

—Nada. Acercaos más y controlad el auto en el que han llegado. Espero poder dominar la situación yo solo, sin jaleos, y entonces os llamaría por la radio. Pero, por si acaso, vigilad ese coche... No creo que pretendan escapar a pie. ¿Estás seguro de que ningún otro coche ha aparecido?

—Segurísimo.

—Entonces, me pregunto dónde está Martin, que quedó en el hotel para vigilarlas.

Hubo un silencio tenso antes de que Forbes sugiriera:

—Si esas chicas lo han...

—No... No lo creo. Más bien pienso que se han enterado de algo y han burlado su vigilancia. Acercaos más a la casa, Forbes. Pero no intervengáis, a menos que os avise. Han matado a Edmund Parker y no quiero complicar más las cosas.

—Estaremos esperando y controlando el coche de las gemelas.

—Bien.

Desirée y Monique Leroux, que habían caminado con graciosa decisión hacia la casa, se habían detenido al oír el zumbido de un motor y se acercaron al coche que Malcolm sacó del garaje para dejarlo ya encarado hacia el corto sendero de grava que llevaba a la salida de la villa.

Nash se guardó la radio en el otro bolsillo interior de la chaqueta, tras intentar hacerlo en el habitual y tropezarse con la cámara fotográfica que contenía las fotos de la fórmula

W. O. F.

Y era de esperar que aquella vez la cinta no se velase...

—¿Qué están hablando...?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —Gruñó Nash.

Malcolm había salido del coche, había atendido unos segundos a las hermanas gemelas y ahora las dos se dirigían hacia la casa, precedidas por el corpulento amigo de Leonard Platt. Los vieron entrar a los tres.

—Ya están todos juntos —dijo Amanda—. Ahora es el momento de detenerlos a todos...

—¿Le importa que antes los dejemos hablar un rato? —rechazó fríamente Nash.

Y dedicó toda su atención al receptor que recibía la señal del pequeño micrófono contenido en el dardo que había clavado antes en un lado del ventanal del *living*.

CAPÍTULO XVIII

—¿Traen el dinero? —preguntó abruptamente Platt.

Monique Leroux alzó el maletín de terciopelo azul que llevaba en la manita derecha.

—Quinientos mil dólares, Platt. ¿A cambio de qué?

—La fórmula

W. O. F.

Desirée se había acercado al cuerpo de Edmund Parker, que se veía tendido en grotesca postura tras el sofá. Según parecía, había sido empujado por encima de éste de un modo poco amable. Tenía en el pecho, sobre la blanca bata salpicada de diversas manchas, otra mancha, de un rojo oscuro, que parecía un trébol, al haberse juntado la sangre que había brotado de las tres heridas sobre el corazón.

—Muerto, desde luego —dijo indiferente Desirée.

Monique asintió con la cabeza y dedicó nuevamente su atención a Leonard Platt.

—Bien... ¿En qué consiste esa fórmula?

—Es un líquido rojo, de un olor nauseabundo, que...

Leonard Platt explicó a las gemelas las características y propiedades del

W. O. F.

Fue escuchado con mucha atención. Y cuando terminó, Monique alzó el maletín.

—Muy bien, Platt. Parece que la cosa es interesante y...

—Demasiado interesante.

La bella francesita quedó inmóvil. Sólo sus grandes ojos oscuros dejaron de mirar el maletín para volverse hacia Platt.

—¿Demasiado interesante? —musitó.

—Eso he dicho. Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero presumo que la fórmula

W. O. F.

puede dar mucho dinero. A fin de cuentas, no es algo que pueda beneficiar solamente a determinado grupo de personas, o a determinada nación, o sociedad, o corporación...

—No comprendo, Platt.

—La fórmula

W. O. F.

puede explotarse en todo el mundo.

—Seguramente. ¿Y qué?

—Quiero más de medio millón de dólares por ella; muchísimo más.

—¿Está bromeando? —inquirió gélidamente Desirée—. Hicimos un trato, Platt. Tanto usted como nosotras nos arriesgábamos en esto. Somos espías... industriales, particulares... Unas veces se gana y otras veces se pierde. Nuestro trato fue de quinientos mil dólares americanos por esa fórmula.

—He tenido que matar a tres hombres por ella, de momento. Y seguramente ha muerto uno de los míos.

—Eso no es cuenta nuestra. Si no sabe hacer las cosas con más elegancia, es usted quien debe cargar con las consecuencias. Nosotras le vamos a dar ahora quinientos mil dólares y usted nos dará la fórmula de

W. O. F.

Eso es todo, Platt.

—No. Quiero más.

—¿Cuánto más?

—Quiero diez millones de dólares.

—¿Está loco? —espetó fríamente Monique.

—Diez millones —sonrió Platt—. Y vamos a considerar esos quinientos mil que han traído como primera entrega de compromiso. Me los entregan, se van, y dentro de un par de semanas recibirán una carta en su apartado de correos de París; en ella les indicaré dónde, cuándo y cómo deben entregarme los otros nueve millones y medio para que yo les proporcione la fórmula

W. O. F.

—Nos está poniendo en un aprieto, Platt. Tenemos

comprometida la entrega de la fórmula para esta misma noche.

—Pues tendrán que aplazar esa entrega..., a menos que me entreguen ahora los diez millones de dólares.

—¿Se da cuenta de que está jugando sucio con unas colegas internacionales, Platt? Esto será conocido en breve en nuestro círculo... profesional. Nadie se fiará jamás de usted. Estará acabado como espía industrial.

—Con diez millones de dólares eso no tiene importancia —sonrió Platt.

—Puede tomarse un minuto para pensarlo bien, para...

—Está pensado. Ahora denme ese medio millón, váyanse lejos de Estados Unidos y esperen, en París, mis noticias para ultimar el negocio.

Monique y Desirée Leroux se miraron, con clara expresión de disgusto. Desirée encogió los bonitos hombros y Monique asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Platt. Pero se arrepentirá de esto.

Ahora fue Leonard Platt quien encogió los hombros. Monique abrió el maletín y sacó un fajo de billetes USA de cien dólares.

—Cien mil... Doscientos mil... Trescientos mil... Cua...

No acabó. Cuando su mano se introdujo por cuarta vez en el maletín, no fue para sacar el cuarto fajo de billetes de cien dólares. Apareció armada con una imponente automática, que parecía poco menos que un cañón en su pequeña manita sonrosada.

—¡Eeeeh...!

Plop.

Leonard Platt recibió el balazo en el centro de la frente. Saltó hacia atrás, como un bichito nervioso, agilísimo, estremeciéndose un instante de pies a cabeza; parecía haber recibido una violentísima descarga eléctrica... De escasa duración, porque cayó inmediatamente al suelo, de espaldas, ya muerto, desfigurada la parte superior de la cabeza.

Malcolm ni siquiera tuvo tiempo de enterarse de esto, porque Desirée, sacando una pistola de debajo de sus faldas, le metió también, con absoluta precisión, un balazo en el centro de la frente con una frialdad, con una puntería escalofriante... Malcolm fue menos aparatoso que Platt. Simplemente, cayó hacia atrás, sentado en uno de los sillones. Quedó con la cabeza ladeada y, como la bala

le había acertado más abajo en la frente, más hacia el entrecejo, sólo se vio en aquélla un negro orificio,' por el cual apareció un delgadísimo chorrito de sangre que parecía amarillenta... En cambio, su coronilla saltó en pedazos, pero, como quedó apoyada en el respaldo del sillón, esto no se vio y la cosa resultó menos fea que con Leonard Platt.

Jerry casi consiguió sacar su pistola. Pero tuvo en contra el desconcierto. Mientras llevaba la mano hacia el sobaco, su pensamiento estaba fijo en matar a Monique. Cuando Desirée también disparó, la atención de Malcolm se desvió hacia ella... Y cuando estaba tan aturdido que ni siquiera sabía para qué quería sacar la pistola, Monique le metió una bala en pleno corazón, disparando por segunda vez. Entonces Jerry cayó sentado a los pies de Malcolm, y eso fue todo.

Como si nada hubiera ocurrido, Monique se dedicó, sin prisas, a meter de nuevo en el maletín los fajos de billetes. Desirée quitó las pistolas a los tres hombres y las tiró dentro del maletín, comentando risueñamente:

—Quizá algún día las necesitemos.

—Tienes razón. Yo recogeré la fórmula y el bidón con el galón de
W. O. F.

—Date prisa. Y vamos a...

—No irán a ninguna parte —dijo una voz en la puerta secamente—. Y no se vuelvan. Si prefieren hacerlo, tiren sus pistolas y el maletín encima del sofá.

Las gemelas quedaron petrificadas un instante. Luego, volviéndose lo justo para no fallar, tiraron las pistolas y el maletín sobre el sofá. Entonces se volvieron completamente.

Y las dos sonrieron a la vez simpáticamente.

—¡Oh!... Es el señor Glenn Nash...

—El americano cretino —puntualizó Glenn no sin sarcasmo—. Espero haberlas sorprendido. ¿Sí?

—Un poco, es cierto —admitió Desirée—. ¿Cuál es su bando, señor Nash?

—El FBI. ¿Sigue la sorpresa?

—Pues... un poco realmente. ¿Fue usted quien nos colocó el micrófono?

—Coloqué dos, señorita Leroux. No tienen ustedes una vista demasiado buena para ser espías.

—Si hubiéramos sabido que era el FBI quien entraba en el juego habríamos sido más cautas. Pero nos pareció que solamente se trataba de la CIA.

—Ése es un cumplido muy amable —sonrió fríamente el g-man

—. Se lo agradezco de veras.

—¿Y ella? —señaló Monique a Amanda—. ¿Quién es?

—Una aficionada.

—¿Aficionada? ¡Oh, vamos, señor Nash, no tiene que engañarnos...! Si fuese una aficionada estaría muerta ahora.

—Si se refieren al hombre llamado Slim Clayton, no fue la señorita Taylor quien lo... dominó.

—¿Fue usted?

—Servidor... —Se inclinó Nash—. Ahora Slim Clayton está en la Morgue y la señorita Taylor está aquí, comprendiendo que ser espía o contraespía en la realidad es algo muy diferente a la fantasía... ¿Saben que ella tiene escrita una novela de espionaje?

—¿De veras? ¡Qué gran talento...! ¿Y de qué trata?

Glenn novio la pistola hacia ellas al tiempo que las señalaba con un movimiento de cabeza.

—Adelante, Amanda: regístrelas concienzudamente. Apuesto a que llevan algún arma oculta. Hay premio si la encuentra. Y no se confíe... Mientras tanto, llamaré a mis compañeros.

Amanda se acercó a las gemelas mientras Glenn sacaba su radio del bolsillo interior. Parecía divertido, pero dominando aquella expresión irónica, maliciosa, había en sus ojos otra expresión de clara alerta. Estaba dispuesto a permitir algo, pero no todo. Lo suficiente para que Amanda Taylor comprendiese de una vez que el espionaje no siempre es pura suerte si se aprende por correspondencia.

Así, mientras Amanda se acercaba a las gemelas, él simuló dedicar su atención exclusivamente a la radio, cuyo resorte de llamada oprimió.

—¿Forbes?

—¡Glenn! ¿Qué está ocurriendo?

—Tranquilo. Venid para la casa. Sin correr... Todo está...

Amanda se había acercado por detrás a Monique Leroux. Pasó las manos por los senos de la francesa, buscando al tacto la presencia de algún arma. Luego deslizó las manos por el vientre, siempre palpando de modo que no podía pasarle desapercibida la presencia de cualquier objeto sólido...

Y cuando sus manos llegaban a la cintura de Monique Leroux, ésta asió con las dos suyas las de Amanda, tiró hacia adelante, dando un rápido giro de cintura, y la aficionada al espionaje salió disparada por un lado lanzando un chillido. Fue a dar de cabeza contra el vientre de Jerry, rodó por el suelo, y cuando todavía no sabía muy bien lo que estaba ocurriendo, Desirée le atizó un terrorífico punterazo justo en la boca del estómago.

Mientras tanto, Monique había saltado hacia el sofá y sus manos se dirigieron con avidez hacia las armas que Nash les había obligado a dejar allí. Estaba tocando una de ellas cuando se oyó el apagado plop de un disparo y la bata se hundió a menos de dos pulgadas de la graciosa naricilla de Monique Leroux, en el respaldo del sofá.

—Puedo acertar mejor si quiero —dijo Glenn sarcástico—. Mi puntería es buena.

—También la mía, señor Nash.

Esta vez el sorprendido fue el agente del FBI. Se volvió hacia la puerta como una centella, dispuesto a disparar, ya que comprendió que ésa era su única solución para salvar la vida.

Pero, desafortunadamente, el recién llegado estaba más preparado que el

g-man

para aquel momento. Sólo tuvo que apretar el gatillo, justo en el momento en que Glenn Nash distinguía perfectamente a Luciano Cortez, el acróbata filipino que actuaba en el Atlantis Hotel.

La bala dio de lleno sobre el pecho del agente del FBI, derribándolo violentamente, tirándolo a un rincón del *living* en rápidas vueltas por el suelo, mientras su pistola salía lanzada precisamente hacia la puerta, casi a las manos de Luciano Cortez, que la recogió, y miró excitado a las gemelas.

—¡Vámonos! —exclamó—. ¡Tengo la lancha esperando!

Desirée recogió las pistolas y Monique el maletín donde estaban las armas de Platt, Malcolm y Jerry, los quinientos mil dólares y la

fórmula de

W. O. F.

—¡El bidón! —exclamó Monique.

Desirée se hizo cargo de él. Luciano Cortez, el pacífico acróbata filipino, ya no estaba en el *living* y las dos hermanas corrieron tras él hacia el laboratorio...

Mientras tanto Glenn Nash se incorporaba {leñosamente y su mirada, turbia, se dirigía hacia la puerta del *living*. Luego miró a Amanda, buscó alguna pistola... No había ninguna. Por fin su mirada quedó fija en la bolsa de lona. Intentó ponerse en pie y cayó de bruces, machacándose la nariz contra el suelo. Pero con un gran esfuerzo se arrastró hasta la bolsa de lona, sacó los tres tubos, los enroscó... Sacó la caja metálica, sacó uno de los dardos de color negro, lo tiró dentro del tubo y se puso en pie, justo cuando hasta la casa llegaba el zumbido de un motor poniéndose en marcha hacia la parte del canal, y en la parte delantera de la casa se oía el rumor de pisadas rápidas.

Sin esperar a sus compañeros, Nash corrió hacia el laboratorio, tambaleándose, golpeándose contra las paredes, cayendo de rodillas un par de veces.

Salíó al solarío y corrió hacia la parte de la villa que daba al canal. Se oía ahora el zumbido de un motor aún con más fuerza, intensamente. Tras correr quizá veinte pasos más, Glenn Nash cayó de rodillas... Vio el brillo de las aguas del canal y, sobre éstas, la forma puntiaguda que se alejaba hacia el Miami Canal o arteria principal del sistema de canales de Hialeah.

Tal como estaba, de rodillas, sacudió la cabeza fuertemente y, por fortuna, su visión se aclaró. Se llevó rápidamente el tubo al hombro, apuntó un instante y disparó. Luego cayó de bruces, de nuevo con una especie de cortina negra ante los ojos, oyendo perderse el zumbido del motor de la lancha y acercarse aquellas voces que lo llamaban.

—¡Glenn! ¡Glenn...!

—¡Allí, Forbes!

Oyó la carrera de dos o tres hombres... Luego le cogieron por los brazos, lo pusieron en pie...

—El canal... Se han marchado por el canal...

—Está bien, Glenn. Ya los encontraremos... ¡Maldita sea, hemos

sido unos idiotas de los más grandes! ¡Phil, llama al jefe! ¡Dile que ordene la vigilancia en todos los canales de Miami y que...!

—Dejarán la... lancha pronto —murmuró Glenn—. Además, conseguí clavarles un emisor, me parece... Vamos a la casa a ver qué nos señala el receptor.

—¿Está bien? ¿Estás bien, Glenn?

—Sí... Bueno, creo que sí. Por lo menos, estoy vivo, que no es pico de gaviota que digamos.

Entraron en la casa por la puerta del laboratorio. Llegaron al *living*, donde Amanda continuaba desvanecida, muy pálido el rostro, encogida sobre sí misma, arrugada, desolada... Glenn recogió su bolsa de lona, se dejó caer en el sofá y sacó el receptor, poniéndolo en marcha inmediatamente. Y también inmediatamente la señal se dejó oír en el apartamento: un agudo bip-bip...

que parecía ir decreciendo, perdiéndose en la distancia, amortiguándose...

—¡Conseguí clavar el emisor en la lancha...! —Pareció asombrarse el propio Glenn—. Llamad al jefe. Necesitaremos media docena de helicópteros con localizadores sintonizados en esta frecuencia. Estén donde estén, lo sabremos, más pronto o más tarde. Encárgate de todo esto, Forbes. Voy a ver qué tal está Amanda.

—Bueno.

Glenn se sentó en el suelo, junto a la muchacha, mientras sus compañeros atendían la situación que habíase producido en la villa del asesinado profesor Edmund Parker.

—Amanda... ¡Amanda!

La muchacha gimió débilmente, se agitó... Glenn la alzó un poco, de modo que ella quedó apoyada en su pecho, ladeada hacia el brazo derecho del g-man.

De este modo, cuando poco después Amanda Taylor abrió los ojos, lo primero que vio fue el rostro de Glenn Nash, cuya expresión, si bien aceptablemente amable, resultaba todavía más irónica.

—¿Qué tal,
Mata-Hari?

—¿Qué..., qué ha... pasasado...?

—Nada del otro mundo. Han ganado los malos, se han llegado

mi pistola, el galón de

W. O. F.,

la fórmula... No siempre ganamos los buenos, señorita Taylor.

—Oh, Glenn, ha sido..., ha sido culpa mía... Aquella mujer me sorprendió...

—No se apene demasiado, señorita Taylor. Todavía es joven: quizá dentro de cuarenta o cincuenta años haya aprendido lo suficiente para meterse en estos jaleos... De todos modos, debo admitir que hubo una sorpresa..., incluso para mí.

—¿Qué sorpresa?

—El acróbata filipino llamado Luciano Cortez. Está metido en el asunto. Maldita sea, he sido un estúpido de primera categoría... Debí sospechar de él cuando lo vi regresar este mediodía en una lancha, tan amigo de esas gemelas... Está claro que se encontraron en alta mar, cambiaron impresiones...

—¿Se nos han escapado todos?

—No creo. Los encontraremos. Y entonces, usted y yo volveremos a la pelea... De nosotros no se ríe nadie, ¿no le parece?

—Es que no sé qué ha sucedido...

—Yo lo interpreto así: esas astutas gemelas vinieron en coche a la casa de Edmund Parker, pero con recelos. Por lo tanto, enviaron a Luciano Cortez por el canal, una lancha, para marcharse de aquí por ese camino... Y el maldito filipino llegó tan de sorpresa que me sorprendió de veras. Me disparó al pecho, y mientras yo caía, ellos se largaron a toda...

—¿Está herido? —Se sobresaltó Amanda.

—Ya le digo que me acertó en el pecho.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Glen, si estás malherido, yo...!

El

g-man

se quedó mirándola irónicamente cuando ella se separó de él, buscando en su pecho la «peligrosa herida». El agujero de la bala se veía claramente en la tela, sobre el corazón. Pero cuando parecía que Amanda Taylor estaba a punto de desvanecerse, el

g-man

metió la mano bajo la chaqueta y sacó la abollada cántara fotográfica, que había recibido de lleno el impacto.

—Soy un tipo de suerte —dijo.

CAPÍTULO XIX

—¿Y el microfilme con los planos, la fórmula de W. O. F.?

—inquirió el inspector Gordon.

—Bueno... Creo que lo tengo por aquí, señor.

Sacó la abollada cámara fotográfica, la abrió, y una diminuta tira negra apareció por un lado, como un muelle roto, vibrando un instante ante los ojos de Gordon.

—Velado. ¿No?

—Sí, señor.

—Fantástico... ¡Esto es fantástico! Envío a uno de mis mejores hombres a hacer un trabajo sencillo, y sólo consigue salvar la vida por puro milagro, se le vela un microfilme, le quitan la pistola, una fórmula interesante, galón de líquido llamado

W. O. F.,

asesinan a pocos pasos de él a un hombre, luego a tres... ¿En qué estabas pensando? ¿En complicarte la vida con la señorita Taylor?

—¿Cómo lo ha descubierto? —sonrió Nash—. Es cierto, precisamente cuando los demás se dedicaban a matar a mansalva, Amanda y yo nos estábamos besando bajo unos arbustos de flores.

—¡Pero eso no es cierto! —exclamó Amanda.

Gordon soltó un bufido y se alejó de allí con pisadas que hicieron retemblar el piso.

Glenn miró hoscamente a la muchacha.

—No me gusta que me hagan quedar como un embustero, Amanda.

—Pe... pero no es cierto que... que nos estuviéramos besando, Glenn...

—¿Ah, no? Pues si yo digo que te he besado, es que te he

besado, de manera que...

Le pasó una mano por la cintura. Amanda se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos y respingó cuando él la apretó contra su pecho de un tirón casi brusco. De pronto, ella sonrió.

—Bueno... Más vale tarde, que nunca... La verdad es que estaba deseando que... que...

CAPÍTULO XX

—Estaba deseando tener esta fórmula —dijo Luciano Cortez.

La lancha se deslizaba velozmente por Miami Canal hacia el mar. El filipino la conducía, y las dos mujeres estaban tras él, encogidas para no ser vistas desde las orillas o desde otras embarcaciones.

—Y nosotras estamos deseando tener el millón de dólares, Cortez.

—Lo comprendo. Para mí, es un precio... razonable. Me ha evitado muchos compromisos y peligros que podían haber perjudicado al grupo.

—¿Qué grupo?

Luciano Cortez se volvió hacia las gemelas, sonriendo inexpresivamente.

—Mi grupo. Temo que no he sido del todo sincero con ustedes... La verdad es que, por mi parte, hace ya tiempo que tenía bajo vigilancia al profesor Parker, y hasta tenía una idea casi concreta respecto al trabajo que estaba realizando. El contacto con ustedes, me permitió... permanecer inactivo, en la sombra, como suele decirse. Las llamé, las hice alojarse en el Atlantis Hotel, ya que en él estaba trabajando yo, y el estúpido de Platt, sin saberlo, colaboró para que todo me fuese saliendo a pedir de boca. Pero en general, ustedes, los... espías industriales, no saben trabajar del todo bien, señoritas.

—Creo... que no le comprendemos, Cortez.

—Bueno... En primer lugar, es imperdonable que se dejaran colocar un par de micrófonos en su *suite*, y que... Pero ¿para qué mencionar todos sus fallos? Se trata de que entiendan que el espionaje es algo más serio que robarse fórmulas unos a otros. A

menos, claro está, que esas fórmulas vayan a ser utilizadas de un modo... bélico...

—¿Bélico? —musitó Desirée.

—Más o menos.

—Seguimos sin comprender.

—Cuando ustedes me llamaron para notificarme las contrariedades y advertirme que quizá no podrían entregarme la fórmula comprometida, tuve que ayudarles, naturalmente, ya que hace tiempo que voy tras la fórmula

W. O. F.

En realidad, ustedes han sido... unas pequeñas piezas que han entrado de modo accidental en el juego. Decidí ayudarlas, acepté esperarlas en el canal para escapar por allá con la lancha, no me importó que matasen a Platt y los suyos... Me sorprendí cuando vi aparecer de las sombras del jardín al señor Nash... Un americano muy altanero, que ya ha llevado su merecido... Y muy satisfactorio para mí saber que pertenecía al FBI. Asestar un golpe a los americanos es precisamente la base de mi trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Primordialmente, espiar en Estados Unidos todo cuanto se relacione con la guerra de Vietnam. Y, siempre que sea posible, sabotear todo cuanto se relacione con cualquier Ejército americano. Hay varios grupos como el mío en Estados Unidos, sólo que... no todos, por desgracia, tendrán mi misma suerte.

—¿Qué suerte?

—La de incendiar todos los barcos de una base naval de Estados Unidos.

—¿Incendiar los...? ¿De qué está hablando?

—Las propiedades de

W. O. F.,

que ustedes han mencionado, han superado todas mis esperanzas. Ya tenía pensado utilizar en algún sabotaje ese solitario petrolero que se dirige hacia Kay West cargado con cien mil toneladas de petróleo, pero ahora... ¿Se imaginan? Cuando ese petrolero entre en aguas de la base americana, Estados Unidos va a experimentar el sabotaje más grande de su historia: cien mil toneladas de petróleo ardiendo en las aguas de la base.

—Usted... no sabe lo que dice, Cortez. En primer lugar, usted no

tiene ese petrolero. En segundo lugar, la vigilancia costera no le permitirá entrar en aguas de la base...

—Oh, sí... Me permitirán entrar en el petrolero, se lo aseguro. ¿Por qué cerrar el paso a un pobre e inocente petrolero averiado, que ha perdido todo su petróleo y que lleva todos los depósitos cargados solamente de agua?

Monique y Desirée Leroux se miraron, pálidas.

—No... No cuente con nosotras para eso, Cortez.

—Por supuesto. No las necesito. Tampoco las necesitaremos más adelante, cuando vayamos incendiando todas las bases americanas que sea posible, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo... Sabía que valía la pena esperar por la fórmula

W. O. F.

Y por el momento, no pensamos darle un uso industrial, precisamente. En todas partes del mundo donde haya barcos americanos, el petróleo tratado con

W. O. F.

será desparramado en las aguas, y prendido fuego poco después. Es posible que en pocas semanas acabemos con el poderío naval de Estados Unidos... ¿Se imaginan? Los barcos americanos estarán tranquilos, sin preocupaciones... No verán nada sospechoso... Y de pronto, bajo ellos, las aguas del mar comenzarán a arder. Y no habrá habido olor delator de petróleo, o ese color de tornasol, o la suciedad del agua... Nada. De pronto, simplemente, las aguas arderán... ¿Cuánto tiempo de vida les auguran a los barcos americanos?

—Cortez, no... no está hablando en serio...

—Desde luego que sí. Y la prueba la vamos a hacer esta misma noche. Mis hombres de Florida se reunirán conmigo inmediatamente, en... cierto lugar. Luego, nos apoderaremos del petrolero de la Fallon Petroleum, mezclaremos el

W. O. F.

con las cien mil toneladas de petróleo, y llegaremos poco antes de la madrugada a la base de Kay West. Cuando la vigilancia se acerque a nosotros para impedirnos la entrada en aguas de la base, diremos que estamos haciendo agua... Mirarán los depósitos y sólo verán agua... El petróleo con

W. O. F.

Nos dejarán entrar en la base, se ofrecerán a ayudarnos... El petróleo tratado con

W. O. F.

será bombeado fuera del petrolero, caerá al mar... Cien mil toneladas de petróleo desparramadas en aguas de la base naval de Kay West. Luego, una simple cerilla y...

—Cortez, no queremos... entrar en esto. Pare la lancha en cualquier sitio, denos nuestro millón de dólares y separémonos. Eso es todo entre nosotros. Aquí termina el trato, y nuestra relación.

—Todavía algo más —sonrió cruelmente Cortez—. No soy filipino, ni me llamo Luciano Cortez. Mi nombre es Kao Ni Tiang, y pertenezco al Servicio Nortvietnamita de Infiltración para Sabotaje en Estados Unidos.

—¡No nos importa eso! —exclamó Monique— ¡No queremos saber nada de espionaje político o militar! ¡Pare la lancha, denos el dinero, y eso será todo!

Kao Ni Tiang se volvió hacia ellas, sonriendo. Tenía en la mano la misma pistola con la que había disparado contra Glenn Nash en la villa de Edmund Parker.

—Lamento este final de ustedes —dijo.

Monique y Desirée vieron la pistola tras un instante de vacilación, de desconcierto. Entonces, alzaron los ojos hacia los del falso acróbata filipino, sobresaltadas.

—Cortez, no haga...

La lancha continuó recta canal abajo. Quizá alguien vio los diminutos fogonazos en ella, pero como no se oyó estampido de ninguna clase, ni hubo alteración de ningún tipo, todo siguió igual, todo tranquilo.

CAPÍTULO XXI

El coche se detuvo con seco frenazo en la orilla del canal, y Glenn Nash fue el primero en saltar de su interior. Junto a los peldaños del embarcadero había dos hombres. En la lancha, otro. Algunos policías de uniforme mantenían alejados a unos pocos curiosos.

Uno de los hombres que esperaban junto al embarcadero señaló hacia la lancha, en silencio, y Glenn, ya seguido del inspector Gordon, la abordó, tras una seña a su compañero para que le impidiese hacer lo propio a Amanda Taylor, que no pareció conforme con esta decisión.

Tendidas en la pequeña cubierta, trágicamente encogidas, casi retorcidas, estaban las dos gemelas. Y junto a la borda de la lancha, el pequeño dardo con el emisor.

—Nos pasó avise un helicóptero —dijo el g-man que estaba ya a bordo—. Recibieron la señal, localizaron la lancha, y nos pasaron la situación exacta. Una de ellas dijo algo, Glenn.

Glenn Nash se incorporó vivamente.

—¿Todavía vivía una de ellas?

—Sí... Pero no entendí bien lo que me dijo... Creo que te mencionó... Y juraría que dijo que el filipino era vietnamita... Debí entender mal, ¿no es cierto?

Glenn, palidísimo, movió negativamente la cabeza.

—No, Stan... No entendiste mal, seguramente. ¿No dijo nada más?

—Mencionó un petrolero, una base naval, y estoy seguro que dijo algo de muchos sabotajes con agua de fuego... Es una tontería, ¿no?

Glenn quedó completamente lívido. Por un instante pareció

incapaz de moverse, de reaccionar. A su lado, el inspector Gordon estaba no menos lívido, también paralizado de espanto. Para los dos fue muy fácil comprender lo que iba a suceder, lo que se estaba intentando, al menos.

—Tenemos que ir inmediatamente a la base de los guardacostas, en Venetian Islands —musitó Nash—. Utilizaremos esta misma lancha. Sacad los cadáveres, Stan. Y encargaos del resto. ¿Listo, señor?

—En marcha, Glenn.

CAPÍTULO XXII

El teniente Carruthers, comandante de los servicios de radio de los patrulleros costeros aquella noche, se mordió los labios, mirando no poco asustado a los dos hombres.

—Así es... Una de nuestras lanchas abordó el petrolero de la Fallon Petroleum. Iba de vacío... Bueno, dijeron que había emprendido una corta travesía de prueba, y que, en efecto, el navío hacía agua. Tenían llenos los depósitos... De modo que nuestra lancha llamó a la base naval de Kay West, informando y pidiendo permiso para que el petrolero, antes de hundirse, pudiera ser reparado allí.

—No llevaba agua, sino petróleo.

—Pero..., pero nuestra lancha informó que...

—Es petróleo. Y piensan inundar con cien mil toneladas toda la rada de la base.

—¡Pasaré aviso inmediatamente a...!

—No. Demasiado tarde, teniente. ¿Cuántos hombres había a bordo del petrolero?

Carruthers consultó la tablilla donde estaba anotado el servicio de la lancha número diecinueve.

—Media docena, incluido el capitán y el primer oficial. Se trataba solamente de viajar unos días para estudiar bien el barco...

—Tendrá que prestarnos un helicóptero, teniente. Pase orden a una de sus lanchas para que sitúe con toda precisión al petrolero, y que nos lo informe por la radio. Pero que nadie se acerque a ese buque, bajo ningún concepto. Al mismo tiempo, llame a la base naval de Kay West, y avíseles de que, de ninguna manera, caiga quien caiga, permitan que ese barco entre en la base. Dígales que va cargado con cien mil toneladas de petróleo, con el cual piensan

aniquilar la base.

—Dios...

El teniente Carruthers se dedicó a cumplir las instrucciones de Glenn, mientras éste encendía un cigarrillo, bajo la atenta mirada de su jefe.

—Es demasiado arriesgado lo que quieres hacer, Glenn — musitó.

—No hay otra solución, señor. Si atacamos con nuestros efectivos, ese maldito norvietnamita originaría una catástrofe. Está claro lo que ha sucedido: él y algunos cómplices se han apoderado del petrolero. O han matado a la tripulación originaria, o los tienen amenazados, incluido al capitán, que tuvo que atender a los guardacostas... Bajo amenaza, naturalmente. El hombre quizá ha pensado que solamente se trata del fantástico robo de un petrolero...

—De todos modos, dudo que el plan le salga bien a ese Cortez. Las autoridades de la base sospecharán en cuanto vean a uno de ellos, si son asiáticos... Y no bombearán el petróleo, ni harán nada...

—Es mejor advertirles. Piense que si Luciano Cortez consiguiera tan sólo entrar el petrolero en la rada, la catástrofe sería inevitable. Le bastaba con incendiar el petrolero y lanzarlo contra uno de nuestra Armada... ¿Se imagina eso? ¿Se imagina qué pasaría cuando un petrolero cargado con cien mil toneladas ardiendo reventase en el choque contra uno de nuestros barcos?

—Bien... Habrá que intentarlo. Pero ten cuidado...

—Usted ha de tenerlo —intentó sonreír Glenn—: va a tener que manejar un helicóptero, señor. ¿Sabrá hacerlo?

CAPÍTULO XXIII

En la cabina de mandos del petrolero, el capitán del mismo, Leslie H. Bowen, permanecía inmóvil bajo la amenaza de la pistola de Luciano Cortez. También el oficial que gobernaba el buque parecía envarado, rígido, y no menos pálido. De cuando en cuando, miraban a Cortez y al otro «filipino», ambos provistos ya de unas ropas pertenecientes a dos de los marinos del barco petrolero.

En la despensa, los cuatro auténticos tripulantes del buque, permanecían atados, también bajo la vigilancia de otro «filipino». Y en la sala de la radio sucedía lo mismo. Seguramente, después de aquello, el capitán Bowen se lo pensaría muy bien antes de volver a permitir que un helicóptero se posase en la cubierta del barco bajo su mando...

Y precisamente un helicóptero estaba sobrevolando el barco en aquel momento. Todos lo vieron, pero solamente Luciano Cortez se movió hacia el mirador de la cabina de mandos, para examinarlo mejor.

—Es de los guardacostas —susurró—. ¿Qué querrán ahora? Si bajan, capitán, piense muy bien lo que dice. Pórtese igual que cuando nos detuvo aquella lancha, y todo irá bien... ¿Entendido?

El helicóptero voló hacia la popa del barco. Luego, volvió hacia la proa... Dio un par de vueltas más, y, de pronto, empezó a alejarse, hasta perderse de vista en la noche, como una mancha brillante bajo la luna.

—Bien... Parece que lo pensaron mejor, o que por la radio han recibido la noticia de que ya hemos sido investigados... Vigíalos con todo cuidado —dijo el otro «filipino»—. Iré a la sala de radio a ver si hemos captado el mensaje en ese sentido.

Luciano Cortez salió de la cabina de mandos. Desde la torre miró

alrededor del barco. Todo estaba en calma. Navegaban solos. Faltaban un par de horas para el amanecer, y, con un poco de suerte, llegarían a la base norteamericana en menos de ese tiempo.

Tranquilizado, bajó del puente y se dirigió a la sala de radio.

En la cabina de mando, el capitán Bowen miraba de reojo al hombre que los mantenía amenazados con una pistola, mirándolos impasible, inexpresivo por completo. El oficial al mando del rumbo estaba aún más asustado que él. Era más joven, y, sin duda, nunca había tenido la extraña ocurrencia de creer que alguien querría robarle una vez el barco en el que prestaba sus servicios...

De pronto, justo cuando le parecía oír la puerta encristalada de acceso a la cabina de mandos, el capitán Bowen vio al «filipino» erguirse, abrir mucho los ojos, mover la mano armada...

Plop.

El hombre fue lanzado de espaldas contra el mirador por una fuerza invisible. Rebotó allí, cayó de bruces, dio una extraña vuelta, y quedó cara al techo, con los ojos abiertos.

El capitán y el joven oficial del petrolero se volvieron hacia la puerta, viendo al hombre que se incorporaba, pistola en mano, todavía con una rodilla en tierra. Un hombre rubio, de ojos grises, flaco, todo nervio y músculo, con unos pantalones oscuros y un viejo jersey azul marino que le venía grande. Aquel hombre cogió la pistola del «filipino» y se la puso en la mano a Bowen.

—Con su vida, proteja la marcha de este barco hacia alta mar. Cuanto más lejos de tierra, mejor. ¿Dónde están los demás?

—En... en la despensa, creo.

—¿Y el que manda a esta gente?

—Fue... a la sala de radio...

—Bien. Si alguien intenta entrar en esta cabina, dispárele... a matar. ¿Está claro?

—¿Quién..., quien es usted?

—Peter Pan, puesto que he llegado volando. Pero si hablo en serio, le diré que soy del FBI. No olvide mis instrucciones.

Y salió de la cabina antes de que Bowen tuviera tiempo de hacer ningún comentario o más preguntas.

CAPÍTULO XXIV

El «filipino» que estaba encerrado en la gran despensa del petrolero oyó los golpes en la puerta, y caminó de espaldas hacia ella, sin dejar de apuntar a los cuatro hombres que permanecían sentados, con la espalda apoyada en unos sacos. Oyó girar la llave en el exterior, y entonces descorrió el pestillo interior, apartándose, para dejar pasar a Kao Ni Tiang... ¿Quién más podía ser?

Se colocó ante la puerta, abriendo la boca, dispuesto a decir alto... Y quedó un instante con la boca abierta, mirando a aquel rubio desconocido, de fría mirada gris. Quiso alzar la mano armada, pero unos dedos de acero se clavaron en su muñeca, inmovilizándola. Al mismo tiempo, el rubio desconocido le golpeaba con la pistola en un lado del cuello; fue un golpe terrible, brutal, que pareció machacar toda su carne, y que le privó fulminantemente del conocimiento.

Glenn Nash lo dejó caer, indiferente, limitándose a quedarse con la pistola. Miró a los cuatro marinos del petrolero y sonrió secamente.

—Amárrenlo bien. Como si quisieran que toda la vida estuviese atado como un fardo. ¿Alguno de ustedes sabe manejar una pistola?

Dos de los marinos alzaron la mano. Glenn tiró la pistola del «filipino» a las manos del más cercano, ordenando:

—Ustedes dos vendrán conmigo. Y ustedes dos aten bien a este hombre y luego llévenlo a la cabina de mando. Quédense allí con sus oficiales. ¿Hay más de éstos? ¿Aparte de los de la sala de radio?

—Hay... otro en la sala de máquinas.

—Vayan allá y mátenlo, entonces. Yo iré solo.

Dio media vuelta, pero se volvió en la puerta y se quedó mirando a los cuatro petrificados marinos.

—¿Algo no va bien?

—Bueno... Es que...

—No piensen en nada. Solamente vayan a la sala de máquinas, entren por sorpresa, y maten al hombre que está amenazando a sus compañeros de abajo. No les importe despilfarrar balas. Luego, reúnanse con los demás en la cabina de mandos. ¿Se ven capaces de hacerlo o lo hago yo? Ah, una cosa: no son filipinos, por si lo han dicho ellos o ustedes lo han pensado. Son del Vietcong.

—Yo..., yo mataré al de la sala de máquinas.

—Bravo. Hasta luego.

CAPÍTULO XXV

Apareció tan repentinamente en la sala de radio que el «filipino» que había allí quedó petrificado. También Glenn quedó sorprendido, ya que había esperado encontrar a Luciano Cortez.

Pero, de los dos sorprendidos, el

g-man

fue quien reaccionó más rápidamente, y sin pérdida de tiempo, ya que si Luciano Cortez no estaba allí, la cosa tomaba un cariz peligrosísimo para todos. Por eso, sin contemplaciones, sin pérdida de tiempo, apretó el gatillo, y el otro, todavía estupefacto, recibió el balazo en pleno estómago, doblándose violentamente, y cayendo de bruces.

Glenn recogió la pistola y se volvió hacia el no menos estupefacto y asustado «radio».

—Muchacho, llame a los guardacostas y pídales que se acerquen a toda velocidad al petrolero. Mucho me temo que esto va a estallar y tendrán que recogerlos en el mar... Vivos o muertos. ¡Vamos, hágalo!

—Sí... Sí, señor...

Glenn Nash salió corriendo de la sala, pero reapareció bruscamente de nuevo, sobresaltando al «radio».

—¡Y luego vaya a la cabina de mando!

—Sí, se...

Nash corría ya escaleras arriba. Apareció en la cubierta como lanzado, casi resbalando... No oyó ningún estampido, pero, por encima de él, vio el rojo fogonazo. Miró hacia la cabina de mandos y vio saltar el cristal lateral, en una brillante lluvia de trocitos no mayores que un grano de arroz.

Otro fogonazo..., y cerca de Nash, el rebote metálico, agudo, de

una bala. Tenía que conseguir alejar a Cortez de las inmediaciones de la cabina de mando. Allí, solamente el capitán estaba armado, y no parecía un hombre excesivamente belicoso, ni mucho menos, peligroso...

Alzó la pistola y disparó. Arriba, oyó el tañido de la bala contra aleo metálico. Luego, unas veloces pisadas en los metálicos peldaños de alguna escalera... ¡Bien! Al menos, había conseguido alejar a Cortez de la cabina de mando...

Echó a correr hacia donde le pareció que oía las pisadas descendiendo a la cubierta libre. Y lanzó un grito de sobresalto cuando otra bala rebotó cerca de él, tan cerca como a menos de dos pulgadas de su nariz, contra una plancha de hierro, y a menos de una cuando rebotó.

Disparó dos veces en dirección incierta, calculando la situación de Cortez, sin ninguna esperanza de acertarle, pero buscando obligarle a dejar de disparar, a cobijarse. Mientras disparaba se dejó caer de rodillas, quedando protegido. Oyó los vibrantes tañidos de sus balas al rebotar en hierro, y luego... nada.

Quizá no debió haber dejado a Luciano Cortez para el final, pero pensando ante todo en la seguridad de la tripulación del petrolero...

Frunció el ceño al oír deslizarse, por delante de él, hacia la popa del barco, algo pesado... Muy pesado, muy sólido, muy duro... Glenn Nash notó cómo se le ponían de punta los pelos de la nuca.

Se puso en pie de un salto.

—¡Cortez! —gritó—. ¡No haga eso...!

Echó a correr como si no le importase recibir un balazo hacia la proa, dejando atrás la torre de mando, hacia la cubierta lisa de la proa del petrolero...

Y, luego que parecía no importarle, recibió, efectivamente, un balazo. La bala chocó sordamente contra su pierna izquierda, en la cara interna del muslo. Fue un impacto fortísimo, que lo derribó dando vueltas, gritando de dolor. Continuó rodando hasta quedar protegido por la tapa de una de las cisternas para petróleo. Tras él estaban las palancas que abrían eléctricamente los diversos compartimentos de las cisternas. Y una de las palancas estaba en posición diferente a las otras... Aterrado, el

g-man

se arrastró hacia ella, dispuesto a subirla. Tenía que conseguirlo, o

Luciano Cortez arrojaría cualquier cosa encendida al interior del compartimento, y entonces...

Estaba todavía a más de doce pies de la palanca cuando otra bala rebotó tan cerca de él que notó el soplo de aire recorriendo una mejilla. Otra bala estuvo a punto de hacerle una nueva raya en el peinado, de modo que optó por volver a su posición anterior, pero desviándose de modo que dominaba la cubierta desde otro ángulo... Llegó allí jadeando, dejando un reguero de sangre, pero firmemente asida la pistola.

—¡Señor Nash! —Oyó—. ¡Tengo en mis manos la fórmula de W. O. F., pero voy a quemarla! ¡Y con ella todo el barco! ¡Véalo!

Glenn casi notaba cómo sus ojos salían de las órbitas, a fuerza de mirar intentando penetrar la oscuridad. De pronto, en un punto del centro de la cubierta, vio el resplandor rojizo. Y casi en el acto, la figura humana que salió corriendo hacia los compartimentos de petróleo, llevando una especie de antorcha en una mano.

El

g-man

se serenó instantáneamente. No podía fallar aquel disparo de ninguna manera...

Plop.

La sombra pareció tropezar con algo y cayó de bruces. La antorcha de papel escapó de sus manos, hacia adelante. Nash consiguió ponerse en pie, sosteniéndose casi exclusivamente con la pierna sana. Vio mejor a Luciano Cortez, caído de bruces en la cubierta, y adelantó un par de tambaleantes pasos hacia allí... Lanzó un grito cuando vio al falso acróbata filipino ponerse en pie, recoger la antorcha casi consumida ya, y correr a trompicones, siempre hacia adelante.

El

g-man

volvió a disparar. Supo que había acertado a Cortez en la espalda, pero el otro siguió corriendo, yendo de un lado a otro, cayendo de rodillas y volviéndose a levantar, como si tuviese unos resortes especiales.

De nuevo disparó el agente del FBI, otra vez contra la espalda de Luciano Cortez. Lo vio saltar en el aire, con los restos todavía

llameantes de la antorcha conseguida por la fórmula de
W. O. F.

en una mano... Lo vio saltar... y desaparecer hacia el fondo de una
de las cisternas.

Inmediatamente, una enorme llamarada brotó de aquel
compartimento estanco. La vaharada de calor y de negro humo fue
tan fuerte que el

g-man

casi perdió el conocimiento, mientras notaba chamuscadas sus
cejas, su cabello, y un golpe de fuego en pleno rostro. Salió
despedido hacia atrás, y se puso en pie como si jamás hubiera sido
herido, provisto por la gran fuerza que da el miedo...

Del puente de mando bajaban varios hombres, a todo correr, y el
g-man

lanzó la orden:

—¡Un bote al agua! ¡Salten a él, serán recogidos por los
guardacostas...!

Cayó de bruces, pero continuó arrastrándose, alejándose de la
enorme llamarada. Si el fuego llegaba a prender en el petróleo que
contenían los otros compartimentos estancos...

Dos hombres lo pusieron en pie y lo arrastraron hacia la popa,
interponiendo entre ellos y el fuego la torre de mando. Los demás se
estaban dedicando frenéticamente a arriar uno de los botes
salvavidas...

—¡No hay tiempo! —aulló Nash—. ¡Suéltlenlo, déjenlo caer!

Fue obedecido. Se oyó el fuerte chapoteo del bote, que, por
fortuna para todos, conservó su estabilidad y permaneció flotando.
Nash fue bajado por una cadena de cuatro hombros, y al final cayó
duramente de espaldas sobre la cubierta del bote. Desde la borda,
los que habían quedado arriba, saltaron al agua, y fueron
inmediatamente recogidos, mientras dos de los marinos remaban
desesperadamente, alejándose a la máxima velocidad del
petrolero...

—Explotará —musitó el capitán Bowen—. ¡Explotará, y nos
alcanzará de lleno toda la marea ardiente!

—¿Están..., están todos en el bote? —inquirió Nash.

—Sí.

—Bien... ¿Llamaron a los guardacostas?

—Sí, señor... ¡Ahí viene un helicóptero!

El aparato brillaba en un tono rojizo de fuego en el cielo, describiendo un arco descendente. Bajo el negro jersey azul marino que le habían prestado en la base de guardacostas, Glenn Nash notó el zumbido de llamada, en la pequeña radio.

—Diga, señor.

—¡Glenn, bajo a por ti! ¡Prepárate a...!

—¡No! ¡Aléjese! Si el petrolero estalla usted también sería alcanzado... ¡Márchese de aquí, vea si localiza a los guardacostas, deles prisa...!

—¡Bajo a por ti!

—¡No subiré a ese aparato! ¡Márchese!

—Digas lo que digas, yo... ¡Viene una lancha! ¡Por el Este, Glenn, por el Este...! ¡Ahí Ja tenéis!

—Okay. Hasta la vista, señor.

La lancha apareció, como teñida de rojo, apenas veinte segundos más tarde, lanzada a una velocidad de emergencia absoluta. Tuvo que describir un arco para esquivar el petrolero, pero tensándolo de modo que alargó lo menos posible la trayectoria de su marcha. Pasó junto al bote ya con los motores parados, pero siguiendo el impulso. Desde la borda fue arrojada una cuerda, que varios marinos del petrolero se apresuraron a recoger. El bote fue remolcado hasta que la lancha de los guardacostas se detuvo completamente. Y luego, en menos de un minuto, todos sus ocupantes estaban a bordo de la velocísima embarcación, que se alejó al instante, dejando abandonado el bote.

Sostenido por dos de los guardacostas, Glenn Nash lanzó un suspiro de alivio, fijos los ojos en la gran llamarada que ascendía hacia el cielo.

—Bueno, muchachos... Parece que los tiburones no comerán carne asada, ¿eh?

Sonó alguna risita nerviosa. Todos los ojos permanecían fijos en el petrolero, que iba quedando atrás... Y cuando habían recorrido quizá un par de millas, la explosión llegó hasta ellos, el cielo pareció incendiarse, el mar se tiñó de rojo... En seguida, una marea roja fue acercándose rápidamente a ellos.

—¡Nos va alcanzar! —gritó alguien.

—No —contradijo Leslie H. Bowen—. Ya no nos alcanza... Pero

tenemos fuego para varias horas.

—Bueno —sonrió Glenn—. Parece que seremos nosotros los que comeremos tiburón asado.

Esta vez, las risas fueron también nerviosas, pero más espontáneas y abundantes.

CAPÍTULO XXVI

El inspector Gordon bajó los prismáticos.

—Parece que ya ha terminado todo. No hay fuego.

—Pues vayamos a recoger los tiburones asados —propuso Glenn.

Estaba en cubierta, sentado en una plegable de lona, bien vendada la pierna; un poco pálido, pero en perfectas condiciones..., para disfrutar de no menos de tres semanas de vacaciones forzosas.

—Bien —suspiró Gordon—. Tus microfotos se velaron, no queda petróleo mezclado con

W. O. F.

para analizar ese producto... Menos mal que debiste quitarle los papeles con la fórmula a Luciano Cortez, ¿no?

Se quedó mirando irónicamente a Glenn, que refunfuñó:

—Está bien, está bien: soy un espía de pacotilla. ¿Algo más?

Gordon le palmeó la espalda cariñosamente.

—Ha sido un estupendo trabajo, Glenn. Felicidades.

ESTE ES EL FINAL

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí... ¡Nada menos que la espía por correspondencia! ¿Cómo van esos éxitos?

—Glenn, no... no me han dejado... verte hasta ahora... Dijeron que aunque estuvieses herido tenías que dictar informes, y recibir una segunda cura... Luego, te trajeron a tu casa sin decírmelo... Yo... quería verte, pero...

—Lo comprendo, lo comprendo... Apuesto a que en estas simples veinticuatro horas has descubierto alguna otra red de saboteadores, o cosas así. Y habrás abierto cien o doscientas cajas fuertes... ¿No te han herido? Claro... ¿Acaso alguien podría contigo?

—No te burles de mí, Glenn.

—Nunca me burlo de mis colegas. ¿Todavía quieres ingresar en el FBI?

—Soy... un fracaso. Me he convencido de que..., de que todo fue suerte. Creo que fui un poco loca, Glenn.

—Bueno... Yo diría que no poco inconsciente, hermosa mía —de todos modos, insistió—. ¿Quieres o no quieres ingresar en el FBI?

—Pero es que yo... me he enterado de que tengo que poseer algún título universitario, y... otras muchas cosas que... que no sé si he sabido nunca, y... El inspector Gordon me puso al corriente de lo que se exigía a un aspirante a agente del FBI, y creo... creo que... me dedicaré a escribir... fantasías.

—¡Nada de eso! Yo digo que tú vas a pertenecer al FBI, y si yo lo digo, pues... dicho está. Vamos a ver: sabes cocinar, lavar la ropa con superautomática, coser algún que otro botón, colocar flores del

jardín en un jarrito, preparar helados de chocolate... ¿y sonreír con mucha dulzura?

—Creo que sí —demostró esto último Amanda.

—Admitida en el FBI. Pero, con una condición: al servicio exclusivo del agente especial Glenn Nash. ¿Okay? ¿Vale?

—Eso... es otra cosa —musitó Amanda—. Okay. Vale.

—Ah, se me olvidaba otra condición... ¿Sabes besar a un agente del FBI?

—Puedo... aprender.

—¿Sí? Vaya... ¿Qué tal si empezamos la primera lección? Se pone la boquita como una O, se cierran los ojitos, se acerca la boquita a la del agente del FBI, y cuando esos lindos labios están bes...

FIN

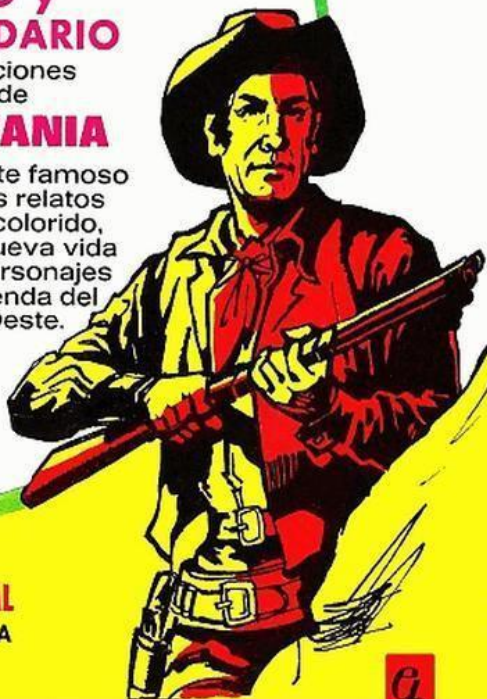
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...